BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LA PATADA SIDERAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

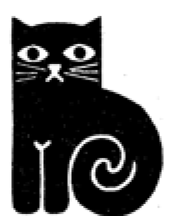


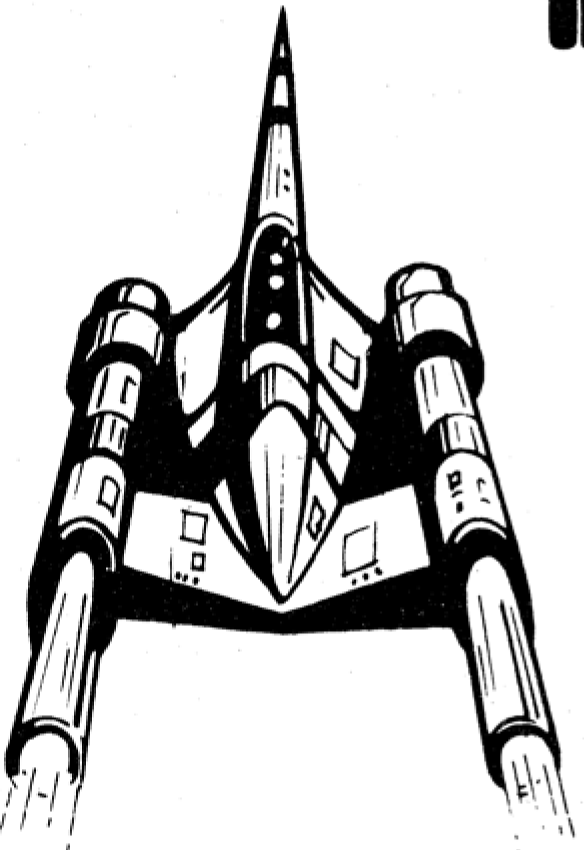


LA PATADA SIDERAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

472 — *Flecha estelar* — Glenn Parrish

473 — *Base marciana "Juno"* — Joseph Berna

474 — *¡Destruid ese planeta!* — Clark Carrados

475 — *Genes de muerte* — Burton Hare

476 — *El viaje infinito* — Clark Carrados

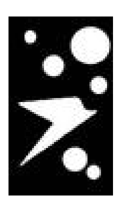
RALPH BARBY

LA PATADA SIDERAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 477

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 28.413 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

La superficie del planetoide tenía un color verdoso brillante cuando recibía la luz de una estrella; sin embargo, allí no había vegetación alguna. La atmósfera era una composición ligera de metano y nitrógeno y el frío era tan intenso que el termómetro Celsius marcaba por debajo de los cien grados negativos.

Los profesores Nicholson y Wolfgang, ayudados por *Gogo*, el robot biónico, extraían muestras de la superficie del planetoide y también perforaban el suelo para conseguir muestras a distintas profundidades.

Los dos científicos se movían con ligereza pese a los trajes de supervivencia. La escasa gravedad del astro que estaban investigando les ayudaba.

Gogo, el robot, no notaba esta ausencia de gravedad porque se había autorregulado convenientemente.

Había momentos en que los científicos se comportaban como niños al descubrir minerales raros en los planetas del sistema solar. Ellos intuían cada descubrimiento antes de ser analizado cualitativa y cuantitativamente en el laboratorio que habían instalado dentro de la nave *Aquarius-34*.

Ticiano, uno de los dos cosmonautas que pilotaban la *Aquarius-34*, se hallaba sentado en la butaca anatómica con el respaldo abatido y los pies apoyados sobre la estrecha mesa que se hallaba frente al panel de telecomunicaciones, viendo en la pantalla un programa de evasión.

Unas cimbreantes danzarinas hawaianas movían sus anatomías justo en la playa, con iluminación nocturna.

Ticiano poseía un paquete de rollos de videotape eróticos que se había llevado de la última colonia para matar los ratos de aburrimiento que pudieran presentarse durante el transcurso de la misión que tenían que llevar a cabo.

No podía decir que hubiera pagado caros aquellos videotapes eróticos, máxime después de revender los rollos que ya había visionado innumerables veces.

Mientras, Kester Sunman, cosmonauta y comandante de la *Aquarius-34*, se hallaba en el pequeño gimnasio de la nave practicando

diversas disciplinas deportivas.

En aquellos momentos, practicaba *full-contact*, utilizando como adversario al saco-robot.

Este era un extraño ser artificial de forma humana y con un volumen de peso pesado, forrado totalmente en grueso neopreno flexible y su interior estaba relleno de una especie de arena sintética.

También llevaba incorporado un pequeño ordenador electrónico y unos mecanismos que le hacían moverse de la forma más impensada para quien se le pusiera delante.

Daba patadas, puñetazos, codazos e incluso cabezazos, pero no golpeaba las paredes, ya que su sistema de control lo evitaba. Sólo atacaba a lo que se movía mientras tuviera forma humana.

Kester Sunman esquivaba los golpes y le propinaba otros a la contra que derribaban al saco-robot. Pero éste, como si todo él fuera de goma, se reincorporaba e insistía en la lucha, con una gran ventaja sobre el ser humano y es que jamás se cansaba. Y resultaba difícil, muy difícil, ponerlo fuera de combate con un golpe, ya que todos sus sistemas vitales estaban perfectamente protegidos dentro de su cuerpo.

Uno de los golpes le pasó rozando la cabeza. Kester Sunman sabía que si el saco robot le alcanzaba de lleno, quedaría él fuera de combate y el saco-robot se pararía automáticamente al no ver nada que se moviera en torno suyo.

Terminó sus ejercicios de *full-contact* y dando un silbido con unas variantes de modulación, detuvo al saco-robot.

Con ejercicios de relajación, puso su cuerpo en disposición de volver a emprender ejercicios fuertes y se dispuso a dedicar unos minutos a la halterofilia.

Buff, aaag, buff, aaag, aspirar, exhalar, uno, dos… Sus brazos musculados levantaban y bajaban los pesos sujetos a la barra.

—¡Kester, Kester! ¿Me oyes?

Era la voz de Ticiano y le llegaba por el altavoz colocado en el gimnasio.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió, dejando la pesa en el suelo.

—He captado algo que puede ser interesante.

—Un momento, ahora voy.

Soltó las pesas y sin quitarse el chándal de deporte, fue a reunirse con su compañero.

En pantalla seguía pasando el videotape erótico, pero Ticiano miraba ahora hacia otra pantalla más pequeña en la que podían verse variaciones luminosas.

—¿Qué opinas, Kester?

—Parece una nave.

—Es lo que me ha parecido a mí. Está lejos aún, pero su trayectoria la acerca al planetoide.

—Que yo sepa, no existe ninguna nave terrícola por este lugar del cosmos.

—Sí, el cerebro electrónico tiene programadas todas las salidas oficiales y ha respondido que la presencia de una nave terrícola en este lugar del cosmos es negativa.

—Si no son terrícolas, ¿quiénes pueden ser?

—No lo sé, nunca nos hemos topado de lleno con seres inteligentes no pertenecientes a la civilización terrícola. Es cierto que hemos encontrado vida animal, pero animales todavía irracionales. Les llevamos de adelanto decenas de millones de años terrícolas en evolución.

—Sin embargo —objetó Kester Sunman— sabemos que existen seres inteligentes en otros planetas.

—Pero, aún siguen siendo UFOS para nosotros, como hace siglos. Contactos tan sólo a nivel individual, nunca a nivel oficial.

—¿Cuánto calculas que tardará en llegar al planetoide?

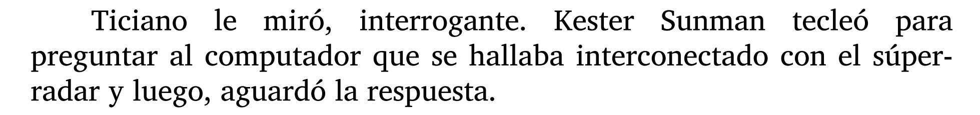
—Un momento.

Ticiano tecleó en el ordenador y en la pequeña pantalla de guarismos halló el resultado que Sunman leyó en voz alta.

—Cinco horas, veintisiete minutos, diez segundos.

—No es mucho.

—Espera, quiero comprobar algo.



Ticiano le miró, interrogante. Kester Sunman tecleó para preguntar al computador que se hallaba interconectado con el súper-radar y luego, aguardó la respuesta.

—Cero.

Ticiano reflejó preocupación e inquietud en su rostro.

—Quiere decir que viene directo al planetoide.

—Exacto. Es preciso que nos aseguremos de que se trata de una nave y no de un meteorito grande o un micro asteroide, porque si impacta aquí sin disminuir la velocidad que lleva, hará un cráter de considerable tamaño y nos va a enviar al núcleo de este planetoide.

—¿Opinas que lo mejor es despegar?

—Sin duda alguna. Incluso, si es una nave, mejor estaremos arriba, con capacidad de maniobra, que aquí abajo, donde llevamos las de perder en el caso de un hipotético ataque.

—Habrá que tomar precauciones —admitió Ticiano.

Kester Sunman abrió el canal de intercomunicación con los dos científicos y les llamó:

—Profesores, ¿me oyen?

—Sí, Sunman, le oímos —respondió Nicholson.

—Regresen inmediatamente a la nave.

—¿Ocurre algo? —preguntó el profesor Wolfgang.

—No lo sé, pero puede suceder.

—¿El sismógrafo ha detectado algún movimiento interno del planetoide? —inquirió el profesor Nicholson.

—No, el sismógrafo, no, pero el súper-radar, sí. Vamos, vengan, tenemos que despegar.

—¿Despegar ahora que está todo tan interesante? —se lamentó el profesor Wolfgang.

—Si quiere quedarse aquí, es su problema, pero la *Aquarius-34* ha de despegar, vamos a recibir visita.

—¿Qué clase de visita? —inquirió el profesor Nicholson.

—No lo sabemos bien, pero lo que sea viene a gran velocidad. Regresen a la nave y no se descuiden a *Gogo*.

—¿Tenemos tiempo de recoger nuestros útiles de trabajo?— preguntó el profesor Nicholson.

—Una hora —respondió Kester Sunman que sabía que siempre tardarían un cincuenta por ciento más de tiempo, ya que su trabajo les absorbía tanto que no solían acordarse del tiempo que transcurría inexorable. En muchas ocasiones, la alimentación quedaba postergada y rompían el ritmo dietético a causa de su trabajo, lo que iba contra las normas de la vida en el cosmos.

—Estando quietos en la superficie, no creo que nos hayan podido detectar —opinó Ticiano.

—Creo lo mismo, pero hemos de tomar precauciones. Si es un meteoro de considerables dimensiones, tenemos que salir de aquí. El impacto puede ser importante: además, no sabemos ni de qué material está formado. Podría convertirse en una explosión nuclear, no sé. El espacio está lleno de misterios por descubrir. Hemos de tomar precauciones y si es una nave extraña, tampoco íbamos a pasar desapercibidos si viene hacia acá. Nosotros iremos a su encuentro

—¿A su encuentro? —repitió Ticiano, sorprendido.

Gogo siguió a los dos científicos cargado con el carretillo en que se hallaban los útiles. Subieron por la rampa y se introdujeron en la nave.

Ticiano cerró las compuertas y ocultó la rampa mientras la proa se elevaba noventa grados más mediante un mecanismo de contrapesos.

Cuando se hubieron desprovisto de los trajes de supervivencia espacial, los dos profesores pasaron a la cabina de pilotaje para interesarse por lo que estaba ocurriendo.

—¿Es cierto que nos hallamos en situación de peligro? — preguntó el profesor Nicholson.

—Sí, es posible —asintió el comandante Sunman—. Hemos comprobado la trayectoria del objeto no identificado que viene hacia el planetoide y no ha variado. Si no es una nave, terminará estrellándose contra la superficie del planetoide y lo que ocurra, por el momento, es incalculable, ya que desconocemos la composición de ese asteroide o meteorito y si es una nave, terminará posándose sobre el

planetoide.

—¿Una nave? —repitió el profesor Wolfgang, mirando a su compañero de ciencia con gesto de inquietud.

—Ocupen sus literas, vamos a despegar.

La *Aquarius-34* hizo silbar sus motores mientras comenzaba a desplazarse lentamente.

De súbito, arrancó con más violencia y se elevó en el cielo del planetoide por entre su atmósfera de nitrógeno y metano. Vencer la gravedad del planetoide no era obstáculo para la *Aquarius-34*, una nave poderosa construida para vencer grandes dificultades e ideada para largos viajes por el cosmos.

Se alejaron con rapidez del planetoide, manteniéndolo controlado gracias a una de las telecámaras.

—Llevamos rumbo opuesto exacto al del objeto que viene hacia nosotros —dijo Ticiano con gesto de preocupación.

—No temas, nos separaremos pronto y describiremos un arco para acercarnos a su lado.

Tras aquella breve explicación, Kester Sunman envió unos datos al ordenador para que fuera éste quien calculara el momento exacto de desviación, una vez conocidos los datos de velocidad de la *Aquarius-34* y del objeto no identificado que Sunman pretendía investigar antes de que les causara una sorpresa desagradable.

La maniobra entró con facilidad. Los profesores habían abandonado ya sus respectivas literas. El reloj que marcaba el tiempo que quedaba de encuentro disminuía rápidamente sus números tras recibir del ordenador la suma de las velocidades.

Ticiano trató de observar el objeto cósmico no identificado gracias a las potentes lentes de aumento que poseían las telecámaras. La imagen aparecía ya en pantalla.

—Es una nave —dijo Kester Sunman.

—Sí, una nave —asintieron los profesores Nicholson y Wolfgang mirando con mucha atención.

El profesor Wolfgang añadió:

—Nunca he visto una nave igual.

—Yo tampoco —agregó Ticiano.

Enviaron señales de telecomunicación, mas no obtuvieron señales de respuesta.

—Es como si nos ignoraran —comentó el profesor Nicholson.

—Voy a acercarme a la nave. Puede ser peligroso, así que si alguien no está de acuerdo, que lo diga.

—Será fascinante verla de cerca —fue la única respuesta a la pregunta de Kester Sunman.

Sunman hizo que la *Aquarius-34* diera media vuelta en el espacio y se situó cerca y por encima de la desconocida nave. Los cuatro estaban excitados ante aquella inesperada circunstancia.

La nave terrícola descendió despacio sobre la nave desconocida. La *Aquarius-34*, en posición horizontal, se colocó sobre la nave desconocida e hizo contacto con sus patas articuladas sin que nadie de la nave desconocida diera señales de vida.

—Está abandonada —observó el profesor Wolfgang.

—Es lo que me está pareciendo —asintió Kester Sunman— y si no lo remediamos nosotros, dentro de pocos minutos esa nave desconocida que surca el espacio, desaparecerá, estrellándose contra el planetoide.

—Hay que separarse de ella —dijo Ticiano viendo ya el planetoide ante ellos cada vez más grande. La colisión iba a ser irremediable.

Kester movió la nave en horizontal. Las patas de la *Aquarius* habían quedado como fijadas a los salientes de la nave desconocida de la que no salía ninguna señal de vida.

—¡Agárrense, vamos a sufrir una sacudida! —advirtió Sunman.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el profesor Nicholson, preocupado.

—Tratar de cambiar el rumbo de esta nave para evitar que se estrelle contra el planetoide.

—¡No seas loco, Sunman! —le gritó Ticiano—. ¡Si no nos despegamos pronto de ella, seremos nosotros los que nos estrellemos!

Kester Sunman era consciente de lo que se jugaban.

Se dirigían a altísima velocidad contra la bola de aquel planetoide con atmósfera suficiente para destrozar las naves si entraban mal en ella. Luego, el impacto, después un cráter y la nada para ellos, una masa fundida de metales. Toda la masa orgánica de hombres y plástico se habría volatilizado, sólo quedaría de ella una mancha metálica.

Encendió los motores y los puso a la máxima potencia, obligando a la nave terrícola a inclinar su proa unos treinta grados hacia abajo si es que podía utilizarse este término en el cosmos, donde no existen puntos de referencia.

Los motores de propulsión enviaron toda su energía hacia las toberas que se habían inclinado para dirigir toda la fuerza según interesaba al cosmonauta.

Los profesores Nicholson y Wolfgang sufrieron tal sacudida que rodaron por el suelo.

Gogo, el robot, estaba metido en sus anclajes de seguridad. Ticiano se había encajado en su butaca anatómica y soportó bien la terrible sacudida.

Las patas delanteras de la *Aquarius-34* hicieron fuerza sobre la nave que iba hacia su final y ésta modificó su rumbo ligeramente. De pronto, se produjo un rumor ensordecedor y toda la nave bailó. Los termómetros comenzaron a subir, estaban tocando la atmósfera del planetoide en tangente.

La velocidad era excesiva para resistir bien el rozamiento con atmósfera del planetoide. Sunman sabía que para entrar en la atmósfera tenía que reducir la velocidad a una centésima parte.

La velocidad que llevaban, aumentada por los propulsores de la nave terrícola para sacar de la trayectoria a la nave que se pretendía salvar, hacía que corrieran el riesgo de desintegrarse dentro de la atmósfera del planetoide.

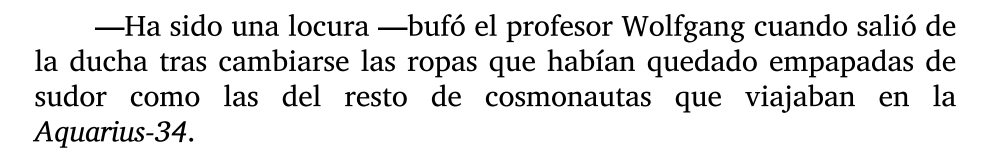
El calor se hizo notar dentro de la nave. El profesor Nicholson gritó al tocar con su mano una bandeja metálica que no tenía protección antitérmica mientras toda la nave seguía temblando como si la *Aquarius-34* fuera una nuez sacudida dentro de las manos de un gigante surgido de las tinieblas del espacio cósmico.

De pronto, la nave dejó de temblar y la temperatura descendió sensiblemente. Todos sudaban copiosamente.

Ticiano semejaba despedir vapor por sus ojos mientras Kester Sunman miraba hacia el planetoide junto al que habían pasado tangencialmente, sin tocar más que parte de su atmósfera alta. La tranquilidad volvía a ellos.

Sin embargo, Kester creyó conveniente colocar a ambas naves en una órbita alejada, pero al fin y al cabo una órbita para no perderse dentro del espacio sideral.

CAPÍTULO II



—Ha sido una locura —bufó el profesor Wolfgang cuando salió de la ducha tras cambiarse las ropas que habían quedado empapadas de sudor como las del resto de cosmonautas que viajaban en la *Aquarius-34*.

—Hemos pescado una ballena cósmica —rezongó Ticiano, irónico.

—Una nave que viajaba a la deriva por el espacio poco antes de que se fuera a estrellar contra el planetoide.

—Hemos venido a investigar el planetoide y no a capturar naves errantes —objetó el profesor Wolfgang.

—Es cierto, pero ¿se han preguntado ustedes si hay alguien con vida dentro de esa nave?

Los dos profesores se miraron entre sí, interrogantes. Ticiano preguntó a Sunman:

—¿Crees de verdad que dentro de esta nave que has pescado hay alguien vivo, algún ser extraño a nosotros?

—¿Por qué no? Es una posibilidad. Quizá han perdido el control de su nave y viajan por el espacio sin rumbo, al garete cósmico como vulgarmente diríamos.

—¿Por qué no han utilizado los medios de telecomunicación? —interrogó el profesor Nicholson, puntualizador.

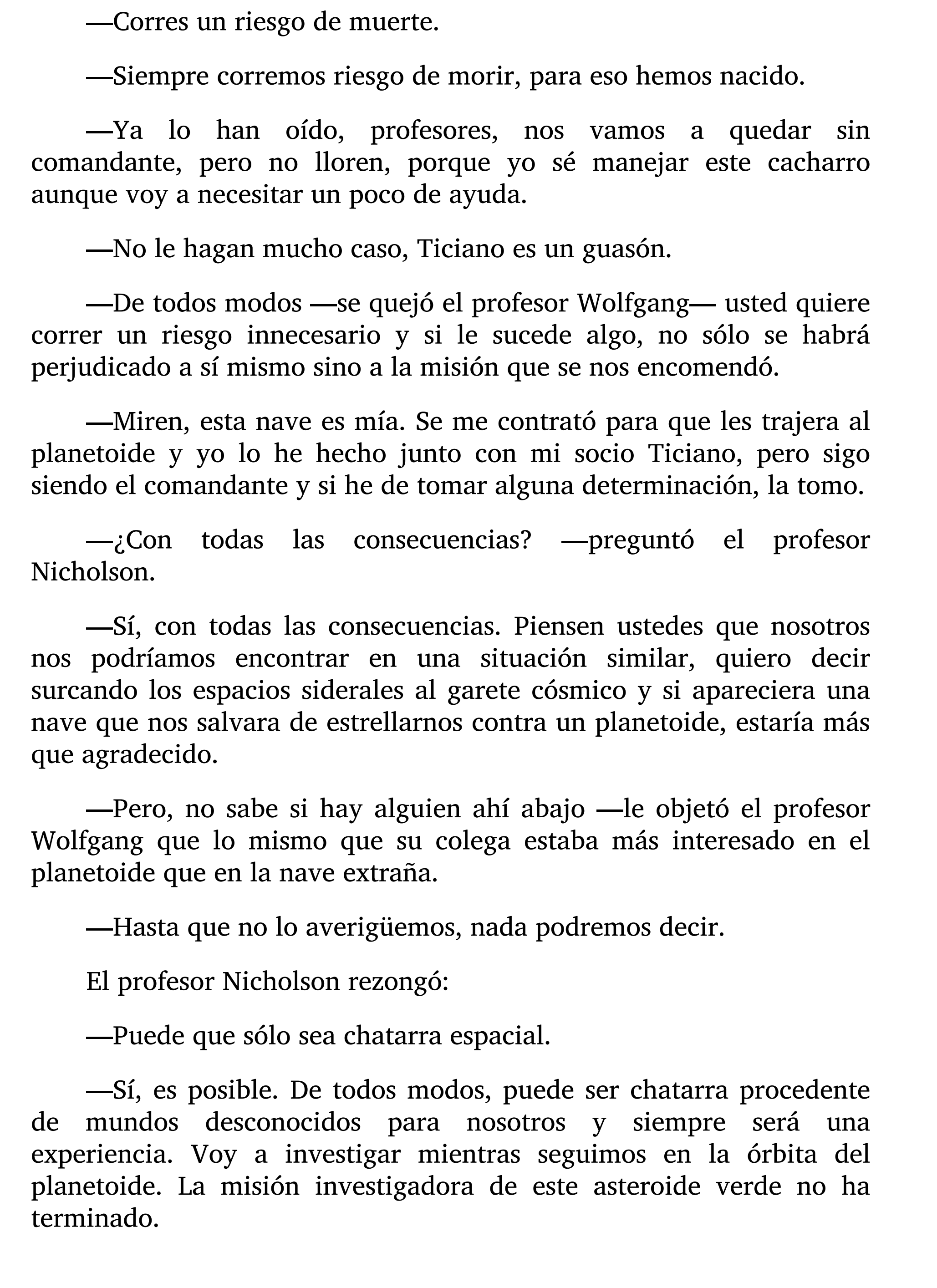
—Pueden haber sufrido una avería o quizá estén criogenizados, vaya usted a saber.

—Si están en la nave, corremos el riesgo de que abran una trampilla, salgan de su nave y comiencen a reptar por el tren de aterrizaje de nuestra nave como si fueran hormigas invasoras.

—Es una posibilidad —aceptó Sunman—. Si vemos que eso ocurre, hay que despegarse de la nave. Encárgate tú de hacerlo, Ticiano.

—¿Y tú qué harás?

—Bajar.



Ticiano señaló con su índice hacia abajo.

—¿A esa nave?

—Sí.

—Corres un riesgo de muerte.

—Siempre corremos riesgo de morir, para eso hemos nacido.

—Ya lo han oído, profesores, nos vamos a quedar sin comandante, pero no lloren, porque yo sé manejar este cacharro aunque voy a necesitar un poco de ayuda.

—No le hagan mucho caso, Ticiano es un guasón.

—De todos modos —se quejó el profesor Wolfgang— usted quiere correr un riesgo innecesario y si le sucede algo, no sólo se habrá perjudicado a sí mismo sino a la misión que se nos encomendó.

—Miren, esta nave es mía. Se me contrató para que les trajera al planetoide y yo lo he hecho junto con mi socio Ticiano, pero sigo siendo el comandante y si he de tomar alguna determinación, la tomo.

—¿Con todas las consecuencias? —preguntó el profesor Nicholson.

—Sí, con todas las consecuencias. Piensen ustedes que nosotros nos podríamos encontrar en una situación similar, quiero decir surcando los espacios siderales al garete cósmico y si apareciera una nave que nos salvara de estrellarnos contra un planetoide, estaría más que agradecido.

—Pero, no sabe si hay alguien ahí abajo —le objetó el profesor Wolfgang que lo mismo que su colega estaba más interesado en el planetoide que en la nave extraña.

—Hasta que no lo averigüemos, nada podremos decir.

El profesor Nicholson rezongó:

—Puede que sólo sea chatarra espacial.

—Sí, es posible. De todos modos, puede ser chatarra procedente de mundos desconocidos para nosotros y siempre será una experiencia. Voy a investigar mientras seguimos en la órbita del planetoide. La misión investigadora de este asteroide verde no ha terminado.

No insistieron, sabían que no lograrían hacerle desistir. Kester Sunman se vistió con el traje de supervivencia, se incorporó a la espalda un micro-cohete autónomo y puso en su cinturón una pistola polivalente por si tenía que llegar a utilizarla.

Cuando estuvo listo para salir al espacio, hizo funcionar el telecomunicador incorporado en su yelmo espacial.

—¿Me oís bien?

Dentro del propio casco, escuchó la voz de Ticiano con la máxima claridad.

—Perfectamente, mantente en constante contacto.

—Sí, pero de cortarse la comunicación no os asustéis, podría ser que esa nave bloqueara las ondas.

—De acuerdo.

Kester Sunman se acercó a *Gogo* que continuaba sujeto a sus anclajes de seguridad para que no perdiera el equilibrio.

—No te muevas de aquí, *Gogo*.

—Positivo —respondió el robot.

—Si todo va bien, te llevaré abajo.

—Positivo.

—Ya sabes que te aprecio mucho, *Gogo*.

—Positivo.

Le dio una palmada amistosa, como si el robot biónico tuviera capacidad para recibir amistad.

Pasó por la cámara de despresurización para evitar que el aire de la nave escapara al exterior. Abrió luego una compuerta exterior, mas no hizo descender la rampa sino una escalerilla metálica vertical y por ella llegó hasta la nave de origen desconocido.

Conocía sus dimensiones, pero al pisarla con sus botas, se le antojó inmensa. La *Aquarius-34* era mucho más pequeña, coqueta y hermosa.

Avanzó por el techo de la nave buscando ventanas hasta que encontró un amplio ventanal de cristal al que se asomó. No vio a

nadie dentro.

Iba a apartarse de allí cuando, de pronto, en la estancia que estaba mirando y escrutando, entró un ser hermoso que le obligó a cerrar los ojos y a volver a abrirlos para asegurarse de que no sufría una alucinación, una distorsión de los cristales que los separaban.

Quien estaba dentro de la nave desconocida, al otro lado del cristal, era una mujer de cabellos tan largos que le llegaban hasta la cintura y tan áureos que brillaban por escasa luz que les diera.

Resultaba alta, espigada, muy hermosa de rostro. Los pechos eran altos y prominentes y Kester tuvo la impresión de que la mujer, aquella belleza desconocida, le había perdido el miedo.

—Kester, Kester, ¿estás ahí?

—Sí, sí, Ticiano, te oigo.

—¿Has descubierto a alguien?

—Sí, Ticiano, hay seres vivos aquí dentro,

—¿Cómo son? —preguntó la voz del profesor Nicholson, introduciéndose en la telecomunicación.

—No temáis, son como nosotros. Bueno, lo que veo es inmejorable.

—Explícate mejor —pidió su socio y amigo Ticiano.

La bella desconocida se volvió hacia la puerta por la que había aparecido y voceó algo. Kester no pudo oírla hallándose fuera de la nave y al otro lado de la ventana panorámica.

No tardó en ver a unos hombres vestidos con una especie de túnica casaca con brillos dorados y hombreras pronunciadas y alzadas, como formando crestas.

Los tres hombres tenían los cabellos blancos y daban sensación de ser varones de edad avanzada, aunque no era fácil determinarlo. Kester Sunman volvió a levantar su mano derecha y a moverla en señal de amistad.

La joven habló a los tres varones y a Sunman le pareció que refiriéndose a él. Ellos respondieron y al final asintieron con la cabeza. Sunman comenzó a hacer gestos expresivos, señalándose a sí mismo y luego hacia el interior de la nave. Ellos no parecieron comprenderle.

Sunman se alejó de la ventana, tenía que buscar una puerta o escotilla. Desde el interior de la nave, aquellos seres que no poseían telecomunicadores, no le entendían.

—Kester, ¿me oyes?

—Sí, Ticiano, te escucho.

—Si buscas la puerta, está más abajo.

—¿La has localizado?

—Con la telecámara. No es muy visible, desciende por tu derecha.

Sunman se dejó conducir por Ticiano que gracias a las telecámaras que poseía la *Aquarius-34* podía controlarle. Al fin, llegó ante lo que parecía la puerta.

Exteriormente descubrió un cuadrado rojo de unos diez centímetros de lado y lo pulsó. La puerta se abrió, dejándole el paso libre.

Sunman no dudó en entrar en la nave y quedó en una amplísima cámara de despresurización.

Pudo ver una batería de pilotos luminosos encendiéndose y apagándose y también un sistema de reloj que iba marcando algo. Sunman no entendía aquellos signos, eran auténticos criptogramas para él. Prefirió mirar su poli-reloj de cristales líquidos que le indicaron la presión atmosférica que le envolvía.

—Setecientos cuarenta y cinco, es buena. Espero que este aire no sea nocivo para mí ni tenga enfermedades contagiosas desconocidas.

Se abrió otra puerta frente a él y se encontró cara a cara con la bellísima joven que vestía un panty ceñidísimo, como una segunda piel, y que se hundía en unas botas que por su brillo semejaban de acero.

Se cubría el cuerpo con una especie de finísimo jersey negro que enviaba un continuado destello, como si fuera de lamé.

A Sunman le parecía increíble hallarse ante una mujer tan joven y hermosa como aquella, sabiendo que las mujeres terrícolas más cercanas se hallaban en la última colonia terrícola, en los confines del sistema solar. Demasiado lejos para pensar en ellas.

Kester Sunman se llevó las manos al casco. Le quitó los seguros y

se liberó la cabeza. Parpadeó de nuevo y la muchacha le sonrió.

—Bien venido a nuestra nave, terrícola.

—¿Sabes de dónde vengo?

—Sabemos que no eres de Rawi.

—¿Rawi?

—Sí, es nuestro planeta. Nosotros conocemos vuestra existencia, vuestra historia y también vuestra lengua.

—¿Vosotros habéis visitado el planeta Tierra?

—En alguna ocasión, pero no hemos intervenido en vuestras vidas.

—Entonces, sois los UFOS.

—Sí, sabemos que nos designabais así y no hemos sido los únicos seres inteligentes llegados de otros mundos que os han visitado.

—¿Habéis conocido a los otros?

—Sí, a algunos; pero, pasa a la nave.

Con el yelmo en la mano, Kester Sunman penetró en la nave abandonando la cámara de despresurización.

Todo allí era nuevo para él. Los seres de Rawi, un mundo desconocido para Sunman, obviamente poseían una tecnología muy avanzada y un poder de aprendizaje muy bueno a juzgar por lo bien que la bella cosmonauta hablaba el idioma de la Confederación Terrícola. Sólo tenía un acento extraño que la hacía aún más exótica y atractiva.

Con su pesado traje de supervivencia, avanzó junto a la muchacha que quería conducirle a alguna parte y así fue, porque el terrícola no tardó en entrar en una gran sala llena de gente.

Nada más aparecer Sunman, los hombres y mujeres allí congregados (el terrícola calculó varios cientos) se inclinaron como saludo muy profundo y al hombre le pareció cargado de agradecimiento.

Uno de los varones de Rawi se adelantó hasta Sunman y volvió a hacerle una reverencia. Luego, dijo;

—Me llamo Haswar y quiero darte las gracias en nombre de todos por habernos salvado.

—Me llamo Kester Sunman, soy terrícola como mis compañeros. Vimos que esta nave iba a estrellarse contra el planetoide que ahora estamos orbitando y decidimos evitar vuestro choque. Ha sido una operación un poco delicada, me imagino que habrán tenido algunos sobresaltos.

—Así es, terrícola, y sabíamos que íbamos hacia la muerte. Nos habéis salvado

—Os hemos llamado por varios sistemas de telecomunicación y no hemos obtenido respuesta.

—No llevamos ningún sistema de telecomunicación en esta nave, terrícola.

Sunman quedó un poco perplejo. Miró a toda la gente que estaba detrás del que dijera llamarse Haswar y luego opinó:

—Pues, para viajar por el cosmos, los sistemas de telecomunicación son indispensables.

—Es cierto, pero se trata de una historia muy larga y muy dramática que quizá a vosotros los terrícolas no os interese.

Sunman dudó y volvió a preguntar:

—¿Habéis tenido avería en los motores?

—Todos los sistemas de propulsión están inutilizados.

—¿No hay un equipo de mantenimiento a bordo para las reparaciones?

—No llevamos herramientas y tampoco las piezas indispensables para que nuestro sistema de propulsión funcione.

—No lo entiendo —manifestó Kester Sunman, sincero.

—Ya te he dicho, terrícola, que es una historia larga.

—¿Adónde pretendíais llegar? Viajar por el espacio sideral en esas condiciones es un auténtico suicidio.

Esta vez fue la joven quien habló, mientras a Sunman le pareció que los ojos femeninos brillaban de admiración hacia él.

—Hacia ninguna parte o hacia la desintegración.

—Pues, por poco lo consiguen. Yo he movido su nave con la mía y no ha sido fácil, pero si no llego a estar aquí o no tomo esta decisión, ahora ya no existirían, puesto que no tenían capacidad alguna para evitar el choque contra el planetoide.

—Terrícola, fuimos invitados a subir a esta nave. Nos colocaron en el espacio, nos dieron impulso y nos desproveyeron de motores y telecomunicación.

—Eso es una acción asesina y, por lo que veo, en masa.

—Así es —aceptó Haswar.

—Sí, nos condenaron a morir en el espacio sideral —dijo la muchacha, y añadió—: El culpable es Vandrow.

—¿Vandrow?

—Mi hija Anxa tiene razón, Vandrow es el culpable. El planeta Rawi es suyo ahora.

—¿Vandrow es un ser de vuestro propio mundo?

—Sí —admitió Anxa—, pero ruin y cruel.

—Por favor, Anxa, al terrícola no deben de interesarle nuestros problemas.

—Sí, sí me interesan. Me siento un poco responsable de ustedes después de salvarles.

—Rawi está lejos, nada se puede hacer.

—Pero, hay que encontrar una solución para ustedes, son muchos. Los alimentos, el aire, todo se les terminará en un momento u otro y no se van a quedar aquí orbitando este planetoide errante para toda la eternidad.

—Es nuestro destino —admitió resignado el varón Haswar.

—Debemos rebelarnos contra nuestro destino. Que toda la Galaxia sepa quién es Vandrow —protestó Anxa con juvenil vehemencia.

—Por favor, Anxa —pidió su padre— sabes que ningún otro planeta va a intervenir en nuestros asuntos internos. Es el pacto de los mundos inteligentes de la Galaxia.

—Los terrícolas no hemos firmado ese pacto, que yo sepa.

—Es cierto, no lo habéis firmado.

—¿Por qué no se nos considera inteligentes? —preguntó Sunman, irónico.

—Sabemos que sois inteligentes y muy evolucionados, pero todavía no habéis alcanzado la tecnología suficiente para realizar los grandes viajes interestelares. Aunque estáis a punto de conseguirla y pronto seréis invitados a formar parte del pacto de la Galaxia.

—Hemos salido ya de nuestro sistema solar —puntualizó Sunman.

—Sí, pero no tenéis todavía el poder de las velocidades superiores a diez mach luz según vuestros cálculos de medición.

—Es cierto, esa velocidad aún no la hemos obtenido —admitió Sunman.

—Pero, no tardaréis mucho en conseguirla —le dijo Anxa—. La tecnología es como un alud, empieza poco a poco, pero luego es avasalladora. La multiplicación de descubrimientos no se verifica según un orden matemático sino geométrico.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta de ello. —Volvió a mirarles a todos y preguntó—: ¿Podría saber por qué se os condenó a morir en el espacio?

—Somos los senadores del congreso de Rawi. Vandrow nos encerró a todos y a nuestras familias en esta nave. Podía habernos asesinado, pero creyó más oportuno lanzarnos al espacio sideral sin posibilidades de vuelta y posiblemente ha comunicado al pueblo de Rawi que nosotros tomamos una nave espacial para huir. Lo que no dirá al pueblo de Rawi es que preparó la nave adecuadamente para que jamás pudiéramos regresar.

—Entiendo. Vandrow es ahora el tirano de Rawi.

—Así es, terrícola —asintió Anxa.

Sunman quedó un poco pensativo y luego preguntó:

—¿Tenéis trajes espaciales para poder salir de la nave?

—No —respondió Haswar.

—Eso pone las cosas más difíciles. De comida y aire, ¿cómo están?

—Bien.

—Deberíamos hacer los cálculos de la distancia a que nos encontramos de Rawi.

—Imposible, nos fueron arrebatados también los diversos sistemas de medición y la memoria de nuestro ordenador central ha sido reducida a lo más básico.

Ante aquella explicación de Anxa, Sunman volvió a quedar pensativo.

—Pero, alguien podrá orientarme sobre la posición de Rawi en el universo, ¿no?

—Mi hija Anxa puede hacerlo, es una experta cosmonauta.

—Entonces, habrá que ponerse a trabajar.

—Imposible —dijo ella.

—¿Por qué?

—Vuestra nave terrícola es muy pequeña y yo no pienso abandonar a los míos.

—Nadie ha dicho que los vayas a abandonar. Te traeré un traje espacial como el mío y vendrás a mi nave, habrás de buscar en los mapas de las estrellas a vuestro Rawi.

Anxa miró hacia su padre y éste asintió con la cabeza.

CAPÍTULO III

Kester Sunman dio la mano a Anxa y ambos salieron del interior de la nave de Rawi, una nave de la que Anxa había creído que ya no saldría jamás; era la celda de la muerte cósmica a que les condenara el tirano Vandrow.

Sunman había escogido el traje espacial de uno de los profesores pensando que le iría bien a la bella muchacha y así había sido.

Kester la llevó hasta la escotilla de la nave terrícola y los dos pasaron a la cámara de despresurización.

Dentro de la *Aquarius-34*, los profesores y Ticiano se hallaban esperando con expectación. Anxa se despojó del yelmo, dejando al descubierto su hermosísima cabeza rubia.

—¿Es la única mujer de Rawi que hay en la nave? —preguntó Ticiano, secándosele la saliva en la garganta.

—Hay más mujeres de Rawi, aunque no sé si tan bellas como Anxa.

—Sé lo que vuestras palabras significan —dijo ella—. Dais mucha importancia a las formas de la hembra.

—¿Y en Rawi no? —preguntó el profesor Nicholson, interesado.

—No.

—¿Y cómo os aparejáis, por computadora? —preguntó Ticiano, divertido.

—Los ordenadores ayudan mucho, claro que están más evolucionados que los vuestros. Nosotros, en Rawi, hemos estudiado toda vuestra cultura.

—Y os parecemos poco más que simios, claro —comentó Ticiano irónico,

—No, sois como nosotros, sólo que con una tecnología menos evolucionada.

—¿Qué es lo que podemos aprender de Rawi? —preguntó el profesor Wolfgang.

Kester Sunman salió en ayuda de Anxa diciendo:

—No la he traído para interrogarla.

—Soy consciente de que nuestras culturas son distintas y seremos contradictorios, pero no es mi intención discutir, terrícolas. Os estamos agradecidos por habernos salvado la vida.

Ticiano se sintió molesto consigo mismo; había tomado demasiado a la ligera una situación difícil y dramática a la que habían sido abocados aquellos seres, sacados de su planeta Rawi y lanzados al espacio para que no pudieran regresar jamás.

Ticiano conectó la pantalla grande y pudieron ver una sección del mapa sideral en tres dimensiones y con la numeración de coordenadas a los lados.

—No es este el mapa —dijo Anxa.

Ticiano volvió a teclear y el mapa sideral cambió.

—Sí, éste es.

La muchacha se aproximó al teclado de la computadora y con gran asombro por parte de Ticiano, pues Anxa tenía que desconocer el manejo de su ordenador, tecleó y la imagen de una de las estrellas se agrandó.

—Este es el sol de Rawi, una estrella de magnitud 4,85, igual a vuestra estrella Sol. Mi planeta es el cuarto del sistema y no queda reflejado en vuestro ordenador porque todavía no ha sido descubierto por la astronomía terrícola.

—Esa es la estrella Omega-once —observó el profesor Wolfgang.

—Podríamos llegar.

Sunman se colocó al lado de Anxa y tecleó pidiendo datos al ordenador. Al fin, pudieron leer resultados en cifras.

—Novecientas setenta y tres horas de viaje con la *Aquarius-34*.

—Novecientas setenta y tres de ida y otras tantas de vuelta —puntualizó el profesor Nicholson.

—Si son varios cientos de personas, no podrían viajar en la *Aquarius-34* —objetó Ticiano.

—Podríamos soldar las patas de nuestra nave a la nave de Rawi.

Anxa miró a Sunman y preguntó:

—¿Crees que vuestra nave podría remolcar a la nuestra?

—Ya lo hemos hecho y en situación muy difícil. Ahora podríamos hacerlo con más cuidado, con más calma. De esta forma, una vez unidas las dos naves, conseguiríamos el máximo de impulso posible para obtener una velocidad de ruta aceptable. Sólo cuando hayamos conseguido la velocidad sabremos con exactitud el tiempo que tardaremos en llegar a Rawi.

—Me niego —protestó el profesor Nicholson, rotundo. Todos le miraron pero él se mantuvo firme—. Me niego, hemos venido a investigar este planetoide y no podemos dejar escapar esta oportunidad. El planetoide seguirá su camino por el espacio y cuando regresemos, si es que regresamos, el planetoide habrá seguido su ruta y se hallará fuera de nuestro alcance.

—Es una posibilidad —admitió Sunman—. ¿Prefiere que dejemos morir en el espacio a toda esta gente?

—No es nuestro problema. No les conocemos, no son de nuestro mundo.

—Es cierto, somos una civilización distinta —admitió Anxa— y tampoco os hemos pedido ayuda. He venido aquí porque he sido invitada por Sunman.

—Mi voto —dijo Ticiano— va por ayudarles. Seguro que será más interesante conocer el planeta Rawi que seguir arrancando minerales en este planetoide sin vida.

El profesor Nicholson miró a su colega, interrogante, esperando que éste se definiera.

—Creo que todos hemos de ser hermanos en el universo.

—¡Profesor Wolfgang, nuestra misión...!

—Nuestra misión es importante —admitió—, pero salvar cientos de vidas es más importante. Son tan humanos como nosotros. ¿No la ve a ella?

—Sí, la veo, pero ¿quién nos asegura que ese es su verdadero aspecto físico? Quizá se muestre así para que nosotros no nos asustemos.

—Oiga, profesor Nicholson, parece que esté narrando una novela

de ciencia ficción —se burló Ticiano.

—Lo siento, profesor Nicholson, somos tres a uno —puntualizó Sunman.

—Me quejaré, sí, me quejaré cuando regresemos y tendrá que indemnizar a la agencia de investigación que les contrató a ustedes y a su nave.

—Haga lo que quiera, pero el contrato advierte que hay situaciones de emergencia que eximen del cumplimiento del contrato.

—De emergencias nuestras, pero no ajenas, me conozco bien el contrato —siguió protestando el profesor Nicholson.

—Bueno, cuando llegue el día, que sea un jurado quien decida. Ahora nos pondremos a trabajar. Lo primero que haremos será instalar un telecomunicador en la nave de los Rawi para mantener la comunicación. ¿Te encargas tú de ello, Ticiano?

—Sí, tenemos un telecomunicador de emergencia.

—Desmóntalo, lo bajaremos a la otra nave. Mientras, iremos preparando el equipo de soldadura para que las dos naves queden unidas. Sólo cuando estemos bien seguros de la unión, emprenderemos viaje.

—Tardaremos unas veinticuatro o treinta y seis horas si nos ayudan —opinó Ticiano.

—¿Hay gente preparada en vuestra nave? —preguntó Sunman a Anxa.

—Nosotros no os hemos pedido que hagáis este viaje. Es un problema propio de nuestro planeta y las civilizaciones de otros mundos no intervendrán.

—Nosotros, los terrícolas, somos más quijotes —se lamentó sarcástico el profesor Nicholson.

Kester Sunman objetó:

—Nosotros no conocemos aún esas reglas que existen en la Galaxia.

—Corréis un gran riesgo. En Rawi hay una pequeña pero efectiva flota sideral miliciana a las órdenes del tirano Vandrow.

—Seremos exterminados, seguro —aventuró el profesor

Nicholson, pesimista.

—El futuro está por ver —respondió Sunman—. Si Vandrow quiere pelea, se la daremos. La *Aquarius-34* está armada.

—¿Armada? —repitieron al unísono los dos profesores.

Wolfgang puntualizó:

—Ignorábamos que estuviera armada.

—Pues lo está. Nunca se sabe para qué puede utilizarse un arma poderosa, hay ocasiones en que puede destruirse a tiempo un meteorito.

—Bueno, eso será más divertido que aburrirse en el planetoide —dijo Ticiano, y añadió—: Podré pasar a la nave de los Rawi para saludarles, ¿no?

Sunman sonrió.

—Sí, hombre, les llevas el equipo de telecomunicación y así podrás ir conociendo a las hembras de Rawi.

—Nosotras no nos comportamos como las hembras terrícolas —le advirtió Anxa.

—Eso está por ver. Quizá es que los varones de vuestro planeta no saben cortejar adecuadamente —le replicó Ticiano.

Anxa puso un gesto escéptico en su bello rostro. Sunman opinó:

—El cortejo entre los varones y las hembras en nuestra civilización terrícola es fundamental. Nosotros no concebimos el apareamiento con frialdad de computadora.

—La unión del apareamiento se produce en razón a tener descendencia cuando varón y hembra se hallan en las más óptimas condiciones.

—Nosotros, los terrícolas, pensamos en la descendencia, pero también en otras cosas.

Anxa esbozó una mueca de incredulidad y volvió a centrar sus pupilas de un color púrpura brillante en la estrella que lucía en la pantalla. Era su sol, un sol que ya había creído no volvería a ver jamás.

CAPÍTULO IV

En la astronave de Rawi, Ticiano llegó a encontrar hasta cinco mujeres que le parecieron espléndidos ejemplares, aunque ninguna superaba la belleza de la aparentemente fría Anxa.

—¿Se me oye bien? —preguntó Ticiano poniendo en marcha el sistema de telecomunicación que acababa de trasladar a la nave salvada.

—Perfectamente —le respondió el profesor Wolfgang.

—Seguiré probando en otras bandas mientras lo sujeto —dijo Ticiano que estaba siendo atentamente observado por tres de las hembras Rawi pues, al parecer, éstas se habían percatado del interés que suscitaban en el terrícola.

Mientras, Kester Sunman estaba efectuando unas soldaduras para unir de forma fija las dos naves, aunque les acoplaba unos dispositivos para separarlas si era necesario. Tales dispositivos eran micro cargas nucleares adosadas a los extremos de las patas del tren de aterrizaje que cortarían estas patas cerca de su base, separando así ambas naves con sólo oprimir un botón.

No le fue fácil a Sunman efectuar aquellas soldaduras en el vacío, máxime porque la aleación metálica con que la nave Rawi estaba construida era desconocida para él y de una dureza diamantina.

Gogo, el robot, ayudaba cargando con el material e incluso soldando. *Gogo* trabajaba bien, sin vacilaciones. Su ordenador interno le indicaba con precisión los puntos donde debía aplicar las soldaduras.

La *Aquarius-34* había sido movida hasta que sus patas quedaron pegadas contra los salientes de la nave Rawi y a estos salientes era a donde la habían soldado.

Los senadores de Rawi habían celebrado asamblea y en ella habían acordado aceptar la ayuda terrícola para ser regresados a Rawi con todo lo que ello significaba, pues el tirano Vandrow había disuelto el congreso y lanzado al espacio a los senadores y a sus familias para no volver a verlos jamás. Y era difícil prever cómo reaccionaría ante su regreso.

—*Gogo*, haz las soldaduras de la pata popa-babor lo mismo que la

de popa-estribor.

—Positivo —respondió el robot biónico.

Cargado con sus útiles para la soldadura, caminó por encima del fuselaje de la nave de Rawi y por debajo de la *Aquarius-34* en medio del vacío sideral mientras seguían orbitando el planetoide.

Sunman trepó por la escalerilla y entró en la nave después de dar un último vistazo a *Gogo* que había quedado programado para llevar a cabo las soldaduras.

Cerró la cámara de despresurización y tras nivelar la atmósfera, pasó al interior de la nave, descubriendo a los profesores Nicholson y a Wolfgang frente a Anxa. Le dio la impresión de que la estaban interrogando.

—¿Qué, no hay trabajo? —preguntó, en tono casi festivo.

—Como no podemos investigar en el planetoide por culpa de su decisión —rezongó mordaz Nicholson.

—Por la decisión de la mayoría, profesor, de la mayoría.

—Una mayoría influenciada. Usted es el comandante de la nave.

—Sí, y la *Aquarius-34* es una nave privada.

—Contratada —puntualizó el profesor Nicholson.

Wolfgang intercedió entre ambos.

—No volvamos a discutir. Profesor Nicholson, ¿qué le parecería visitar a los senadores de Rawi?

—Bueno, ¿por qué no? Después de todo, siempre podríamos aprender alguna cosa. —Miró a Anxa—. Supongo que habrá entendidos en mineralogía.

—Sí, sí los hay.

—Pues, ya que no podemos investigar el planetoide, veremos qué clase de yacimientos mineralógicos existen en Rawi.

—Poseemos explotaciones mineras mayores que las que tienen en el planeta Tierra —explicó Anxa.

—Sí, sí, claro, ya sabemos que su planeta es más viejo —le observó el profesor Wolfgang.

—Más viejo porque la evolución de la vida inteligente comenzó antes, pero los recursos han sido explotados más racionalmente que en el planeta Tierra, donde la muerte de varios mares ha sido irreversible.

—Veo que los Rawi están muy enterados de cómo nos va en la Tierra. ¿Tienen acaso un satélite espía orbitando nuestro planeta? —preguntó el profesor Nicholson.

—Periódicamente, una nave se acerca al planeta Tierra, lo observa y regresa —explicó Anxa.

—¿Por qué nos observan, esperan invadirnos algún día? —inquirió el profesor Nicholson.

—Nada más lejos de nuestra intención, sólo observamos la evolución terrícola.

—¿La evolución en general o la evolución tecnológica? —insistió el profesor Nicholson.

—Anxa no tiene por qué someterse a su interrogatorio —le observó Sunman, ya molesto contra el profesor Nicholson que estaba poniéndose francamente hostil.

Kester Sunman le había cortado todos sus trabajos de exploración e investigación en el planetoide y no se lo iba a perdonar; como no se atrevía a atacarle directamente, mostraba su hostilidad hacia los Rawi, como si así se liberara de su malhumor.

—Hasta ahora, los Rawi, seres inteligentes cuya existencia desconocíamos, no eran peligrosos. Nos observaban desde el espacio sideral como si fuéramos gusanos o bacterias dentro de un caldo de cultivo óptimo que es nuestro planeta azul; pero, según parece, un tirano belicoso, un sujeto sin escrúpulos, se ha adueñado del poder en Rawi y ¿quién nos asegura que teniendo ese poder y una tecnología al parecer muy superior a la nuestra de la que, por cierto, poseen toda clase de datos, no se va a decidir a invadirnos? Podría hacerlo, ¿o no?

Anxa no supo qué responder. Podía hablar de lo que habría hecho su padre, de su línea de conducta, incluso por el congreso del senado, seres todos muy cultos y sensatos, pero ¿qué podía decir del tirano Vandrow?

Recordó entonces que a ella se le había ofrecido la oportunidad de aparearse con Vandrow, a lo que se había negado. En su civilización, el apareamiento no tenía demasiados problemas físicos,

ya que se educaba a la gente desde la niñez respecto a que debía aceptarse la conveniencia física y social para el apareamiento y que nada más importaba, pero el unirse a Vandrow habría sido todo un símbolo.

Vandrow, el tirano, se habría unido a la hija del presidente del congreso del senado, hubiera sido una jugada maestra para mejorar su imagen de dictador ante el resto del pueblo de Rawi.

Anxa había preferido marchar hacia lo desconocido en la nave de los expulsados y negar ese triunfo a Vandrow, el cual había mostrado su ira al conocer el rechazo por parte de Anxa.

—Todavía no hemos sido invadidos —le dijo Sunman dándose cuenta de la situación violenta que estaba pasando la hermosa Anxa.

—Vamos a vestirnos, profesor Nicholson —le dijo el profesor Wolfgang tratando de cortar el enfrentamiento verbal que, poco a poco, iba alcanzando más temperatura.

Los dos profesores se equiparon con los trajes de supervivencia y salieron de la nave terrícola para pasar a la de los Rawi y así conocer más de cerca a los seres de otro planeta, de otra civilización.

Kester Sunman y Anxa quedaron a solas.

—¿Crees que puede ser peligroso ese tirano vuestro llamado Vandrow?

—No podría decir que no. De momento que ha sido capaz de dar un golpe de estado, disolver el senado y lanzar a los senadores y a sus familias al espacio, puede ser capaz de todo. No obstante, creo que no dispone de naves para una invasión exterior. Invadir un planeta lejano es muy costoso.

—En la historia terrícola hemos tenido tiranos de esa clase y lo primero que han hecho ha sido convertir la industria y la tecnología de consumo en industria bélica, todos los obreros a construir máquinas de guerra. Ese Vandrow podría hacer lo mismo.

—Ese es uno de los temas que fueron debatidos en el congreso del senado y que más irritó a Vandrow. El exigía la transformación de muchas industrias pesadas dependientes del gobierno.

—¿Fue entonces cuando disolvió el congreso y los lanzó al espacio sideral para que no pusieran obstáculos a sus planes?

—Sí, aunque todos nosotros desconocemos lo que sucedió en

Rawi después de que fuéramos invitados a subir a la nave; lo cierto es que no sabíamos que a la nave se le iban a inutilizar los motores y a desproveerla de los sistemas de telecomunicación.

—Entonces, sí que la Galaxia está en un serio peligro de guerra sideral.

—¿Crees que se atreverá a tanto?

—¿Me lo preguntas a mí que no le conozco? Ni siquiera sé cómo piensas tú, Anxa. —Se le acercó más, ella no se movió—. ¿De verdad sois insensibles al amor?

—Sabemos que la palabra «amor» es un término utilizado por los terrícolas; tiene poco sentido para nosotros.

—Porque sois más materialistas.

—Somos pragmáticos.

—Es lo mismo, ¿no?

—Sí, es posible.

—¿Te importa que te toque?

—Tocarme, ¿por qué?

—No sé, te he preguntado si te importa.

—No —dijo ella mirándole con sus ojos purpúreos.

Kester levantó sus manos y tocó con suavidad las mejillas de Anxa. Las acarició con las yemas de sus dedos y notó la tersura y suavidad de su piel.

Acercó luego su rostro al de ella y posó sus labios sobre los femeninos. Fue una caricia muy ligera, casi un roce largo y prolongado. Luego se separó y ella le miró interrogante y desconcertada al mismo tiempo.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿No te han besado nunca?

—¿Besar en la boca?

—Sí.

—No, eso no se hace en Rawi.

—¿Y te ha gustado?

Ella parpadeó con sus rubias pestañas antes de responder.

—No lo sé.

—Un beso es una caricia de amor.

Volvió a inclinarse sobre ella y la besó de nuevo con más profundidad, haciéndole sentir la presión de sus labios y obligándola a entreabrir los suyos.

Kester prolongó la caricia y notó que ella separaba los dientes. Cuando se separó, notó que las mejillas de Anxa estaban más sonrosadas.

—¿No has notado nada ahora?

—Pero ¿qué consigues con esto? —preguntó ella con la voz más ronca, también más cálida.

—Cuando os apareáis, ¿lo hacéis en una mesa de quirófano?

—¿Cómo?

Kester acercó sus manos a los pechos femeninos y los cogió con suavidad. Anxa retrocedió un paso, pero su espalda chocó contra una pared, ya no podía retroceder más.

—¿Te molesta?

—¿Qué pretendes ahora, terrícola?

—Llámame Kester.

Y continuó acariciándole los senos grandes, hermosos y duros, unos pechos que se movieron entre los dedos masculinos.

—Por favor, Kester, por favor, no sigas.

Kester dejó los senos de Anxa e hizo resbalar sus manos por el costado femenino hasta llegar a las caderas donde se detuvo e hizo presión, atrayéndola hada sí para volver a besarla.

Anxa fue cediendo, cediendo hasta que, de pronto, como buscando fuerza dentro de sí, se rebeló casi con violencia y empujó al hombre hacia atrás.

—¡Basta!

Kester Sunman no se molestó; sonrió levemente y siseó;

—Lástima, me gustas mucho, pero sé respetar lo que no se me da. Tendrás que admitir que el amor es algo que sí podéis sentir los seres de Rawi. Yo diría que los varones rawi son algo torpes; aparearse sólo para engendrar me parece demasiado materialismo. Para los terrícolas, la pareja es algo más que para vosotros y creo que no es bueno evolucionar hacia la forma de vida que tenéis vosotros, a mí no me gustaría.

Anxa se lo quedó mirando ahora con mucha fijeza. A Kester le pareció que los ojos femeninos estaban húmedos y que sus labios, pletóricos de color, temblaban ligeramente.

—Yo no quiero que te enfades conmigo, terrícola. Estás ayudando a los míos y te estamos agradecidos; vosotros exponéis vuestras vidas sin pensar en obtener nada a cambio.

—No hables de agradecimiento ahora.

—¿Por qué no, si es lo que sentimos hacia vosotros? Sé qué el agradecimiento es un sentimiento al que no estamos acostumbrados los rawi, pero ahora…

—Todos podemos pasar por apuros y si alguien nos tiende la mano es bueno aceptarla.

—Nosotros lo hemos hecho.

—Sí, pero yo no he pedido nada a cambio.

—Puedes seguir haciendo el amor conmigo si eso te place.

—¿Crees que podría seguir jugando al amor ahora?

—¿Por qué no, no lo deseas?

—Sí, pero los terrícolas tenemos nuestras peculiaridades. Los que aceptamos el amor como agradecimiento, luego nos sentimos ruines, unos aprovechados.

—No lo entiendo.

—Comprendo que os cueste entender las sutilezas psicológicas o espirituales con que los terrícolas dotamos al juego del amor que nos lleva al apareamiento final como cumbre de la situación. Es difícil poder explicar todo esto; es una comunicación que nada tiene que ver con las palabras, un estrecho contacto entre la pareja, varón y hembra,

cuerpo a cuerpo, beso a beso, caricia a caricia. Estáis más adelantados tecnológicamente, pero quizá dejasteis a jirones en vuestro pasado fórmulas de comunicación que evitarían la frialdad de vuestro mundo actual en el que habéis sido educados en la creencia de que los terrícolas somos más primitivos. Es posible que lo seamos con respecto a la técnica, pero quienes avanzan sólo en tecnología y olvidan los sentimientos y la libertad de expresarlos, sean cuales fueren y siempre que no dañen a nuestro prójimo, no son superiores sino que han retrocedido en su calidad humana.

—Creía que para vosotros el amor era un juego, el placer de los sentidos. Si es así, puedes gozarlo conmigo.

—No, gracias. Me gustas mucho, seguiría jugando contigo, pero no podría hacerlo en las condiciones en que te ofreces.

—No sé, tengo la impresión de que me estoy comportando con torpeza. Nuestras civilizaciones son contradictorias en algunas cosas y parece que el amor es una de ellas.

—Los terrícolas somos más luchadores, no sé si esto para vosotros significa primitivismo. Quizá cuando seas tú un poco más primitiva sí desee amarte.

—¿Amarme?

—Es el verbo que conjuga el verbo amar.

—Un juego que parece gustaros mucho pero que os pone muy susceptibles.

Anxa quería añadir algo, pero la voz de Ticiano se interfirió entre ellos.

—¡Kester, Kester! ¿Me oyes?

—Sí, Ticiano, te oigo.

—¿Probamos el sistema de T.T.V.?

CAPÍTULO V

La imagen del presidente del senado de Rawi quedó bien perfilada en la pantalla de tele-trivisión. Kester Sunman y Anxa lo miraron.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Kester.

—Sí, aquí todo bien. ¿Cómo estás, Anxa?

—Muy bien, padre, muy bien. Los terrícolas lo tienen todo dispuesto para el viaje a Rawi.

—Comandante Sunman…

—¿Sí, Haswar?

—¿Estáis seguros de lo que vais a hacer?

—Me lo pregunta como si no tuviera deseos de que les regresemos a su planeta.

—No exactamente. Nosotros ya nos podemos dar por muertos, es muy posible que a nuestra vuelta a Rawi el tirano Vandrow nos extermine de una forma más efectiva para asegurarse de que no le molestemos más.

—Si siguen en este viaje al garete cósmico, seguro que morirán.

—Lo sabemos, pero ¿y vosotros?

—Sabemos cuidarnos solos, aunque ustedes los Rawi nos consideren inferiores.

—No ha sido nunca nuestra intención molestaros, terrícolas.

Kester miró a Anxa y ésta desvió sus pupilas, como avergonzada. Kester dijo entonces:

—Lo sé, sólo es una ironía, otra de las peculiaridades de la idiosincrasia terrícola. Ahora, prepárense, vamos a iniciar el impulso para el viaje hacia Rawi. Dígale a Ticiano que quiero verle.

—Buena suerte, terrícolas, y gracias, pase lo que pase —dijo el presidente del senado.

Ticiano apareció en pantalla, muy sonriente. A derecha e

izquierda se pudieron ver dos rostros femeninos.

—No pierdes el tiempo, ¿eh, Ticiano?

—Todavía no he entrado a fondo; espero que todo llegará cuando el viaje se normalice.

—No abuses de tu situación, Ticiano.

—No sé cómo voy a abusar, ellas son más que yo, pero me parece que son demasiado asépticas, ¿cómo diría? Muy frías.

—Ten cuidado, Ticiano, las rocas más insensibles pueden calentarse de súbito y echar fuego, convirtiéndose en un volcán.

—No estaría mal que sucediera como dices.

—Bien, ahora emprenderemos viaje. Mantente en todo momento en contacto con la *Aquarius-34*, que los profesores te releven cuando tengas que descansar. Podría abrirse alguna grieta en el casco de la nave Rawi. Voy a poner los motores a plena potencia y por el máximo de tiempo posible, veremos qué velocidad conseguimos.

—Seguro que obtendrás una buena velocidad de crucero pese a lo grande que es la nave Rawi.

—Sí, demasiado grande, menos mal que no tenemos que encontrar ningún rozamiento.

Se cortó la comunicación. Kester miró a Anxa y le preguntó:

—¿Quieres regresar a tu nave?

—Estaré aquí si no te molesta, puedo vigilar la trayectoria. Cuando entremos en el sistema estelar en el que órbita Rawi, habrá que modificar la dirección hasta ajustarla para poder llegar a mi planeta.

—De acuerdo, serás de una gran ayuda —dijo Kester, sin hacer alusión alguna a lo que horas antes sucediera entre ambos, tampoco Anxa lo mencionó.

Fue a comprobar que *Gogo*, el robot, estuviera bien sujeto y entonces le pidió:

—No te muevas hasta nueva orden.

—Positivo.

Kester fue a la butaca de pilotaje y le pidió a la joven:

—Siéntate en el sitio de Ticiano. ¿Podrás controlar las telecomunicaciones?

—Sí.

—Magnífico, es más agradable tenerte a ti cerca que a Ticiano, claro que él estará pensando lo mismo que yo en estos momentos.

Anxa se aposentó bien en el asiento de Ticiano y Kester Sunman comenzó a pulsar botones. Se iluminó una batería de pilotos y también se encendió un cuadro reflejo del ordenador en constante trabajo; en él, los colores comenzaron como a adquirir vida en forma de cuadrados que se apagaban, encendían y cambiaban de lugar. En realidad, todo era una clave técnica que Sunman descifraba a la perfección mirando aquel panel luminoso.

Puso en marcha los motores de popa y fue aumentando la potencia de la *Aquarius-34*.

Kester observó con mayor atención los controles a medida que ponía los motores al máximo de sus recursos.

—Ticiano, ¿me oyes?

Anxa abrió la telecomunicación para que Kester pudiera comunicarse con Ticiano que se hallaba en la nave Rawi.

—Insiste en la llamada —le pidió Anxa.

—Ticiano, ¿me oyes?

—Sí.

—¿Cómo va la nave Rawi?

—Supongo que bien, nos faltan controles. Las salas de motores están incomunicadas como ya sabes, pero se me ha indicado que en la popa ha aumentado la temperatura excesivamente.

—Es lógico, recibirá parte de la energía que despiden los motores de la *Aquarius*.

—Sí, va lo sé. Todos los que aquí están se han trasladado a popa.

—Correcto; si sucede alguna novedad, no dejes de comunicármela.

—Sí, lo haré rápido.

Sunman exigía a los motores de la nave terrícola su máxima potencia, a la par que tenía que controlar las toberas direccionales porque tenían tendencia a moverse, al encontrar la energía tras de sí a parte de la nave Rawi.

Anxa le advirtió:

—Está subiendo la temperatura en la nave.

—Sí, ya lo veo, es que la *Aquarius* posee más potencia de motores que lo que puede dar de sí su sistema de refrigeración automática. Cuando la compré ya se me advirtió que no la pusiera a la máxima potencia, pero hay ocasiones en que hay que hacer caso omiso de las normas de fabricación.

—¿Aun a riesgo de desintegrar la nave?

—Cuando la situación es desesperada, hay que tomar decisiones también desesperadas.

Mientras hablaba, Kester Sunman sujetaba bien la nave que iba adquiriendo más y más velocidad, arrastrando sujeta a sus patas a la nave Rawi.

El calor en la *Aquarius-34* iba en aumento.

Kester sudaba copiosamente, casi había vapor en algunos puntos de la nave. Desvió su mirada hacia Anxa y la vio sudar también.

La joven se despojó de su jersey negro y Sunman pudo contemplar al natural sus senos hermosos y redondos. Anxa ignoraba la poderosa atracción que ejercían unos pechos femeninos sobre los varones terrícolas.

Se volvió hacia Sunman y se encontró con su mirada.

—Si seguimos así, nos vamos a cocer.

—Sí, pero hay que aguantar un poco más.

Se dispararon automáticamente las alarmas, como si en la propia *Aquarius-34* hubiera fuego. Sunman soltó los mandos y comenzó a desconectar motores; apenas veía, el vapor le enturbiaba la visión.

—¡Ya está!

Trató de quitarse el sudor con las manos, pero una toalla de papel

le secó el rostro. Anxa se cuidaba de él, se volvió y la vio junto a su butaca, desnuda desde aquellas bragas largas hacia arriba.

—Gracias. Si queremos librarnos pronto de este calor, tendremos que meternos en trajes espaciales. Está el mío y uno de reserva que te irá grande pero…

—Yo puedo aguantar.

—Entonces, yo también —dijo él.

Y la enlazó por la cintura con su brazo nervudo. Ella no opuso resistencia.

—Eres muy hermosa, Anxa, y este calor colabora a que me trastorne más por ti.

Anxa se inclinó y besó al hombre en los labios.

—Has aprendido pronto —opinó él.

—Desconocía lo que era un beso.

—Un beso tiene muchas posibilidades —susurró él que sentía que su cerebro hervía.

La sangre se deslizaba tumultuosa por sus venas, todo él estaba como metido en un horno. Dobló el cuerpo de Anxa sentándola sobre su regazo. La sujetó por la espalda y la besó, mordisqueándole los labios mientras los hermosos pezones, fuertes de color, apuntaban hacia él, erguidos y punzantes.

Nadie les iba a molestar; Anxa había desconectado la telecomunicación con Ticiano.

CAPÍTULO VI

Las horas habían transcurrido en los relojes de la nave terrícola.

La velocidad crucero alcanzada había sido suficiente y entraron sin novedad en el sistema solar en el que orbitaba Rawi, el planeta cuarto de aquel sistema.

Durante el viaje, habían pasado de una nave a la otra en varias ocasiones, unos y otros.

Anxa había conseguido las coordenadas para ajustar el rumbo y el planeta Rawi ya estaba a la vista. Era azul como el planeta Tierra.

Anxa le proporcionó muchos datos sobre Rawi que resultó un planeta bastante similar a la Tierra. Las diferencias de Rawi no impedían en absoluto la vida de los terrícolas en él.

Las células de un rawi eran idénticas a las de un terrícola y el cruce procreativo era totalmente apto.

—¿Crees que nos descubrirán? —preguntó Sunman.

—Sí, seguro —admitió Anxa.

—¿Enviarán alguna nave para interceptarnos?

—No, no lo creo. En Rawi no se espera ninguna invasión desde otros planetas.

—Comprendo; lo que quiere el tirano Vandrow es invadir a los demás, pero no teme que invadan su planeta. Quizá consigamos evitar ser capturados.

—Les desconcertará un poco la nave, no la identificarán. Como están unidas las dos, les va a ser difícil reconocer a la nave en la que encerraron a los senadores y a sus familias, enviándolos al espacio sideral para que no regresaran jamás.

—Sí, lo más probable es que consideren todo el conjunto como una sola nave —asintió Sunman—. Y les va a parecer muy grande. Hay que evitar que, por el momento, sospechen que venís conmigo.

—Al final lo averiguarán.

—Es posible, pero cuanto más tarde, mejor. Lo que importa es

que crean que todo el conjunto es una sola nave y no dos.

—¿Qué piensas decirles cuando se establezca la comunicación?

—No lo sé bien; hablaremos de visita de amistad, que de momento sólo pienso orbitar el planeta. Colocaré la nave de forma que primero sólo vean la mía y detrás, la vuestra, así la identificación les será más dificultosa.

—¿Y si te reciben con hostilidad?

—¿Dónde reside Vandrow?

—En lo que fue el palacio imperial. Se halla sobre la colina que domina la ciudad.

—¿Palacio imperial?

—Sí, es una reliquia de nuestro pasado. Era un museo de historia, pero Vandrow lo ha convertido en residencia personal con su megalomanía.

—Qué fácil es retroceder al pasado cuando el poder queda en manos de un neurótico, de un déspota con ansias imperiales. Los seres de esa clase terminan por llevar a la ruina a su propio pueblo.

Las dos naves unidas, formando una sola, rebasaron las órbitas de otros planetas del sistema hasta aproximarse a Rawi.

Bruscamente, se iluminó una pantalla del telecomunicador y apareció el rostro de un desconocido. La imagen no era muy buena y el sonido, tampoco.

—No entiendo lo que dice—exclamó Kester.

—Está interrogando, habla en el idioma rawi.

—¿Qué hago?

—Háblale en la lengua terrícola, identifícate. Se asombrarán un poco de que los terrícolas hayan podido llegar hasta aquí y quizá les entre curiosidad —opinó Anxa.

—Está bien, pero tú no salgas en pantalla, podrían identificarte.

El ordenador le dio la banda de telecomunicación que estaban empleando los rawi y Sunman les envió su imagen, su propio sonido.

—Somos terrícolas y llegamos en amistad y paz. Somos terrícolas

que venimos a saludar a los hermanos del universo, paz y amistad para todos. Somos terrícolas, pertenecemos a la estrella sol, tercer planeta llamado Tierra.

Kester había grabado su mensaje mientras hablaba. Rebobinó la cinta y la pasó de nuevo para que los sorprendidos rawi tuvieran tiempo de asimilar sus palabras.

Volvió a aparecer la imagen de un rawi, esta vez uniformado, pues a Kester no le cabía duda de que lo que vestía aquel individuo era un uniforme miliciano, pero preguntó a Anxa para confirmarlo:

—Es un militar, ¿verdad?

—Sí, con graduación de general, adicto al tirano. No me extrañaría que antes de dar el golpe de estado que derribó nuestro sistema parlamentario liberal, ese hombre fuera un suboficial con ansias de mando y ha encontrado una buena sombra a donde arrimarse. No cabe duda de que es lo que vosotros los terrícolas llamaríais un perro del tirano.

—Aquí el astropuerto de Rawi, habla el general Tramar, comandante en jefe del astropuerto.

—Le veo y le oigo perfectamente, general Tramar —respondió Kester—. Es un placer que hable la lengua de los terrícolas.

—Les conocemos, pero ignorábamos que estuvieran en disposición de cruzar el espacio sideral que separa Rawi del planeta Tierra.

—Nuestra tecnología ha avanzado mucho —manifestó Sunman.

—Sí, eso parece. Veo que se acercan con una nave grande; dispondremos el astropuerto para que tomen contacto.

—Gracias, general Tramar, pero de momento no ageoizaremos[1] en Rawi, nos mantendremos en órbita; no quisiéramos causar ningún problema.

—No nos causarán molestia —insistió el general Tramar—, serán bien recibidos.

—Gracias, general, pero cumplo las ordenanzas a las cuales me someto. Quién sabe si podríamos causarles enfermedades que ustedes desconocen o ustedes podrían contagiárnoslas a nosotros. Hay que tomar precauciones.

—Está bien, les enviaremos una nave de reconocimiento.

—No lo hagan. Aguarden a que orbitemos y después ya estableceremos contactos. Venimos en paz y amistad y no quisiéramos sufrir un contratiempo, general.

—¿Qué clase de contratiempo, terrícola?

—La nave de la que soy comandante en jefe está bien dotada de armamento y como es la primera vez que encontramos vida inteligente en el espacio exterior, tenemos un sistema defensivo automático que derribaría cualquier nave extraña que se le acercara.

—¿Van armados?

—Lo necesario por si somos atacados; pero, insisto venimos en paz y amistad. No pensamos atacar en absoluto, nuestro armamento es defensivo.

—Si llevan armas, les tendremos que negar el permiso para orbitar el planeta Rawi.

—Insisto, venimos en paz y amistad. Nuestro armamento es poderoso y defensivo —repitió Kester, como si no hubiera escuchado nada.

—Mantengan la ruta de aproximación, consultaré a la superioridad —dijo el general Tramar, y la telecomunicación se cortó.

Kester comentó:

—Creo que se ha puesto muy receloso.

—Sí, ahora se pondrá en comunicación con el mismísimo Vandrow. Cuando existe un tirano, no se puede tomar ninguna determinación importante sin consultar con él. Has hecho bien de no dejarte manejar por él. Si os posáis en el astropuerto, quedaréis totalmente controlados por los milicianos de Vandrow y si el tirano decide vuestro exterminio, nadie os va a salvar.

—Por eso es conveniente mantenerlos a distancia.

Kester abrió el canal de telecomunicación por cable con la nave rawi.

—Ticiano, ¿me oyes?

—Sí, Kester, te oigo y te veo.

—Hemos establecido contacto con los milicianos del planeta Rawi. Dile al senador Haswar que quiero hablar con él.

Ticiano se alejó y no tardó en aparecer el padre de Anxa. Kester sabía que por aquel sistema de telecomunicación por cable no serían interferidos por los rawi que poseían una avanzada tecnología.

—Comandante Sunman, ¿es cierto que se ha establecido contacto?

—Sí. El general Tramar ha hablado conmigo.

—Le conozco, es uno de los hombres de confianza del tirano

—Me ha pedido que me pose en el astropuerto.

—¿Y vas a hacerlo?

—No, nos colocaremos en órbita de Rawi y les he advertido que no permitiremos que se acerque ninguna de sus naves de reconocimiento so pena de poner en funcionamiento el sistema bélico defensivo que destruirá a los posibles enemigos.

—Es difícil predecir qué determinación tomará ahora el tirano Vandrow. ¿Ha averiguado que estamos nosotros aquí?

—No y conviene que no lo sepan, de momento es una ventaja.

Siguieron hablando, Kester deseaba que los senadores estuvieran al corriente de cuanto sucedía.

Anxa facilitó a Kester los datos necesarios para que pudiera detectar la capital de Rawi. En el planeta había muchas ciudades, pero a Kester le interesaba la capital del imperio y consiguió colocarse en órbita fija, con lo que quedaban situados permanentemente sobre la gran metrópoli, a varios cientos de kilómetros por encima de ella.

CAPÍTULO VII

Desde su despacho y centro de control, al que llegaba información de todos los rincones del planeta, Vandrow, el presidente Vandrow como se hacía llamar, gobernaba Rawi.

El presidente Vandrow tenía el ceño fruncido. Frente a él, en persona, estaba el general Tramar y tenía convocados a quince generales más que esperaban ante sendas pantallas de T.T.V.

Se hallaban todos en sus respectivos despachos, pero en permanente comunicación con su jefe, que había colocado a altos jefes milicianos en todos los cargos importantes de la administración.

—¿Qué crees que pueden hacernos esos terrícolas? —preguntó Vandrow al general Tramar.

—No lo sé, pero sólo es una nave, muy grande, eso sí; no sabíamos que los terrícolas hubieran construido naves tan grandes y extrañas.

—¿Extrañas?

—Sí, esa nave no corresponde a nada de lo que conocemos.

—Quizá hace demasiado tiempo que nuestras naves de observación no se han acercado al planeta Tierra y han podido mejorar notablemente su tecnología espacial.

—Es posible que esté armada como me ha dicho el comandante terrícola; sería lógico pensarlo así, puesto que de lo contrario no se habrían atrevido a iniciar un viaje tan largo.

—Y su armamento, ¿qué efectos podrían causarnos?

—Los terrícolas son muy belicosos y desarrollaron una tecnología nuclear bélica incluso superior a la nuestra. Nosotros estamos más avanzados en otras clases de armas, pero los terrícolas, además del láser, utilizan las bombas nucleares con excesiva prodigalidad. Primero, probaron sus ingenios termonucleares en sus guerras intestinas y luego se dedicaron a probar el poder de esas bombas más desarrolladas con pequeños asteroides que han desintegrado.

—¿Cree que si nos envían uno de esos artefactos nucleares pueden destruirnos?

—Sí, podrían arrasar la ciudad e incluso el planeta, todo depende de los artefactos destructivos que lleven en su extraña nave que, insisto, es demasiado grande. Tampoco sabemos cuántos terrícolas han llegado.

Desde su mesa, el presidente Vandrow abrió la telecomunicación con el resto de generales que formaban el gobierno de Rawi.

—¿Alguien ve la forma de aniquilar a esos terrícolas sin que ellos tengan posibilidad de destruimos a nosotros?

Se produjo un silencio denso, un silencio que al fin se rompió al hablar uno de los generales.

—Podríamos enviar una nave embajadora, que al llegar cerca de la nave terrícola dispare contra ella y la destruya.

—Demasiado infantil —opinó Vandrow—. Sabemos que los terrícolas son astutos y están acostumbrados a las guerras; han tenido muchas guerras a lo largo de su historia. No les engañaríamos, son recelosos por herencia genética.

—Ya han advertido que no dejarán que nadie se les acerque mientras toman sus medidas de seguridad. Si disparamos un láser o un ultrasonido y ellos logran desviarlo con algún sistema de protección que posean, replicarán de inmediato con sus armas y como ya ha dicho nuestro presidente son muy astutos —manifestó Tramar—. Han sabido colocarse en órbita fija controlando nuestra capital.

Otro de los generales opinó;

—Los terrícolas tampoco son tontos y se darán cuenta de que con una sola nave no pueden invadirnos. Saben que tenemos naves milicianas, seguro que lo saben. Podemos poner en órbita, a distancia prudencial, una docena de nuestras naves para que ellos las detecten y empiecen a preocuparse mientras nos mantenemos en comunicación con ellos tratando de hacer amistad y romper sus recelos. Cuando se confíen más, nuestro presidente podrá tomar la decisión adecuada. Quizá no nos interese destruirlos sino sonsacarlos. El planeta Tierra podría ser nuestro primer paso en la conquista de los planetas inteligentes. La Tierra no pertenece aún al pacto de la Galaxia y una invasión por nuestra parte no implicaría que los demás miembros de dicho pacto replicaran atacándonos. Nosotros adquiriríamos una experiencia de invasión con las naves que estamos construyendo en nuestras factorías de cosmonaves y transporte miliciano.

—Es buena la idea, sí, muy buena, me gusta. Hay que darles la

sensación de qué son bien recibidos, de que serán agasajados para que no teman ningún ataque, pero tampoco que se crean superiores a nosotros. Los invitaremos a palacio; sí, que una embajada terrícola descienda a Rawi, será espléndidamente recibida. Después los sonsacaremos para averiguar qué clase de armamento llevan a bordo y también para saber qué sistemas defensivos han montado en su planeta en prevención de una posible invasión. La Tierra será nuestro primer objetivo en la expansión del imperio Rawi.

El presidente Vandrow había tomado su decisión y a partir de aquel momento, distribuyó la labor entre sus generales. Habían dejado de considerar como una amenaza la llegada de los visitantes terrícolas.

Vandrow era un varón alto y grueso, de rostro aparentemente frío e inexpresivo, marcado desde la juventud por fuertes y desagradables quemaduras. Sus ojos resultaban inquietantes.

En su pecho lucía un puñado de condecoraciones que en su mayor parte se había auto concedido, después de acceder al poder gracias a los generales que le habían brindado su apoyo, apoyo que luego quedaría recompensado con cargos en el gobierno a alto nivel y un poder sólo limitado por el propio presidente Vandrow.

Cerró las pantallas y los generales desaparecieron de su vista, a excepción del general Tramar, que se hallaba en el despacho en persona.

—Creo que más que un problema va a ser una diversión la presencia de esos terrícolas en nuestra área orbital. Desperezaremos a nuestros hombres para que vayan adquiriendo práctica de guerra. Comenzar nuestra expansión con el planeta Tierra me parece magnífico.

—Presidente, la decisión me parece muy afortunada.

—Claro, claro que sí.

—No obstante…

—¿Qué? —inquirió, endureciendo la mirada como cada vez que se le ponía algún obstáculo u objeción.

—El pueblo de Rawi, no está muy tranquilo.

—Tonterías. Tenemos a todo el planeta controlado, nuestra policía ha conseguido desarticular todas las asociaciones y ha impedido las manifestaciones callejeras.

—Hay corpúsculos de jóvenes que exigen la vuelta del senado.

—¿El senado? —Vandrow soltó una carcajada hiriente—. Es algo hundido en el pasado, algo periclitado, un estamento que llevaba a nuestro pueblo a la degradación por el amodorramiento de todos los hijos de Rawi. ¿Qué pretendían con el senado? ¿La paz eterna, la no evolución? Estúpidos... Bla, bla, bla, bla, eso y dormir es lo que hacía el congreso de senadores. Hacía falta un control férreo de todos los estamentos e instituciones, un control de todos los hijos de Rawi y el desarrollo de la industria pesada bélica que da trabajo a todos y no se pone a escribir poesías y estupideces. Hay que fabricar naves, muchas naves y sistemas de combate. ¿Qué tenemos ahora? Una Ilota miliciana insignificante. Si los terrícolas, que son luchadores y parecen haber desarrollado mucho su tecnología bélica en los últimos tiempos, quisieran invadirnos, ¿cómo nos defenderíamos?

—Es cierto, presidente, poseemos una flota escasa, incapaz de contener una invasión porque el congreso del senado opinaba que no debíamos de temer la invasión de nadie.

—De nadie, ¿eh? Pues ya están sobre nuestras cabezas los terrícolas y cargados con misiles termonucleares. En cambio, nosotros enviando cosmonautas de observación a otros planetas para aprender sus costumbres, sus lenguas, su fauna y su flora como si fuéramos ingenuos escolares. Lo qué hacía falta era construir naves poderosas con capacidad de combate ofensivo. Es cierto que nuestra tecnología médica y científica ha avanzado mucho, que los terrícolas están en una condición primitiva con respecto a nosotros, también en telecomunicaciones, pero no es suficiente.

—Nuestros científicos están adaptando la sofisticada tecnología que poseemos para nuestra futura flota espacial que será temida en toda la Galaxia.

—Eso es lo que hay que conseguir.

—Sin embargo, no podemos olvidar esas minorías que protestan y están en contra de nuestro sistema de gobierno. Vocean, colocan algunos artefactos y reparten propaganda subversiva.

—Esos movimientos hay que cortarlos de raíz.

—La policía Uve ha tratado, pero...

—¿Insinúa que la policía Uve no es efectiva?

—Sí, es efectiva, pero quizá sus mandos debieran ser algo más

duros en la represión de esas algaradas callejeras.

—Eso es cierto, tendrían que ser más duros. Hay que meterles el miedo en el cuerpo para que aprendan a comportarse como más les conviene. Son un atajo de perezosos degradados por la liberalidad del sistema anterior que nos gobernaba. —Bufó—. ¿Qué es lo que piden con más intensidad ahora?

—Mis noticias son que piden la reinstauración del congreso y el regreso de los senadores elegidos.

—¿El regreso de los senadores, están locos? Ya no volverán jamás.

—Conviene que sigan creyendo que huyeron en una nave con rumbo desconocido por miedo a la policía Uve.

—Nadie sabe que la nave fue inutilizada, que se quedaron sin motores y sin telecomunicación, ¿verdad?

—No, yo me encargué personalmente de ese asunto. Los demás generales del gobierno desconocen ese detalle.

—Bien, bien, que siga así. Veremos de hacer algún cambio entre los mandos de la policía Uve para que se terminen las algaradas de esos jóvenes que protestan sólo por armar camorra. General Tramar, ocúpese ahora de los terrícolas y si alguna embajada de ellos desciende a Rawi, que no vean ninguna de esas manifestaciones. Hemos de ofrecer la imagen que corresponde a un pueblo en paz y en perfecto orden. Esos corpúsculos subversivos los barreremos a porrazos, hay que escarmentar a esos muchachos.

—Tiene usted toda la razón, presidente. Se me había ocurrido una sugerencia, si me lo permite.

—¿Una sugerencia?

—Sí, una sugerencia.

—Adelante.

—Pues, existen unas islas en las que hay buena piedra granítica, muy valiosa si se pule. Esos muchachos que no trabajan y que sólo saben alterar el orden público, a medida que sean arrestados podrían ser enviados a esas islas en medio del mar, sin posibilidad de escapar para que vayan picando piedra. A este palacio no le irían mal algunas reformas con ese granito azul inmejorable. Por lo menos de esta forma, mientras se regeneran y aplacan, serían útiles al gobierno,

claro que mientras, en su alimentación, se podrían añadir ciertos fármacos para irles aplacando y atrofiando en su sensualidad. En muchas ocasiones, son sus hormonas testiculares las que los hacen más agresivos.

Siguió exponiendo sus planes de represión mientras el presidente Vandrow le escuchaba atentamente, sonriendo complacido.

CAPÍTULO VIII

El conjunto que formaban las dos naves soldadas había sido colocado por Kester Sunman en perfecta órbita y de tal forma que las potentísimas telecámaras que los escrutaban desde los centros de observación de Rawi, sólo veían bien a la *Aquarius-34* y a parte de la nave rawi que quedaba como en la cara oculta, no visible detrás de la nave terrícola.

Los senadores y sus familiares estaban excitados ante el regreso a Rawi, regreso que ya había dejado de ser un sueño para ellos.

Mientras Ticiano continuaba controlando la telecomunicación en la nave de Rawi, los profesores Nicholson y Wolfgang volvieron a la *Aquarius-34.* Sunman le había dicho a Anxa:

—Si quieres volver con los tuyos, puedes hacerlo.

Hay un traje a tu disposición.

—Sí, iré, pero, ¿hay tiempo, no?

—Sí, sí lo hay. De momento es bueno que se vayan poniendo nerviosos los milicianos de Vandrow.

—¿Y qué harás a partir de ahora? Porque esta situación no se puede mantener indefinidamente.

—Tenemos una pequeña nave apta para tres personas. Quizá baje a Rawi y me entreviste con Vandrow.

—Eso sería un suicidio.

—Es posible, pero algo habrá que hacer. No poseemos un ejército para combatir a Vandrow y a sus milicianos adictos.

—Toda la milicia no está con él.

—¿Queréis una guerra civil?

—No, no la queremos.

—Entonces, habrá que actuar con astucia.

—¿Quién descenderá sobre ese desconocido planeta? —inquirió el profesor Nicholson con el tono mordaz que adoptara desde que había tenido que abandonar sus investigaciones en el planetoide de

corteza verdosa.

—Si quiere descender usted...

—¿Yo, por qué yo?

—No sé, quizá quiera conocer de cerca la tecnología de Rawi.

—Podríamos investigar en algún centro de estudios mineralógicos —opinó el profesor Wolfgang, más constructivo. Se encaró con Anxa y pregunto—: Ese centro de investigaciones mineralógicas existe, ¿verdad?

—Sí, y está muy avanzando. Es una tecnología en la que estamos muy desarrollados, podrían aprender mucho de ella. Si piden visitar el centro de investigaciones mineralógicas de Rawi, posiblemente serán bien atendidos.

—Será interesante visitar esos centros —opinó el profesor Wolfgang.

—Sí, puede que nos sirva de compensación por lo que no hemos podido investigar en el planetoide —añadió el profesor Nicholson.

—¡Kester!

Se volvieron hacia la pantalla de telecomunicación por cable. El rostro de Ticiano aparecía en pantalla.

—¿Sucede algo?

—El senador Haswar quiere hablarte.

—Que se ponga ante la pantalla.

—No, no quiere ponerse.

—¿Entonces...?

—Creo que desea hablarte de forma personal. Tendrías que venir a la nave rawi.

—¿Tan necesario es?

—Parece que sí.

Sunman miró a Anxa, interrogante. Esta indicó:

—Si mi padre dice que es importante, puedes creer que así es.

—De acuerdo, iré a la nave rawi. Profesor Wolfgang, ¿puede hacerse cargo de la *Aquarius*?

—¿Va a dejarnos solos? —inquirió Nicholson, molesto.

—El ordenador está programado para que no se pierda la órbita, todo funciona automáticamente. Más que nada es por si los rawi piden comunicación o tratan de acercarse.

El profesor Wolfgang, encarado con Sunman, inquirió:

—Y si piden telecomunicación, ¿qué hago?

—Dígales que estamos celebrando una reunión, que ya nos telecomunicaremos dentro de una hora. Que no se enteren de que traemos con nosotros a los senadores de Rawi y que como terrícolas sólo somos cuatro y *Gogo*, el robot. Si se enterasen de todo esto, estaríamos perdidos, máxime cuando en la Confederación Terrícola lo ignoran todo sobre este viaje.

—Admita que ha sido una temeridad venir hasta aquí —gruñó el profesor Nicholson.

—Es posible que en ese centro de investigaciones mineralógicas de Rawi aprenda mucho más que toda una vida en el planetoide.

—Bueno, si voy a ese centro, es posible que no haga la denuncia a la Confederación.

—Ya le dije que no tengo miedo a su denuncia, profesor Nicholson.

—Eso es fácil de decir, pero cuando lo empapelen ya veremos.

—Está bien. Si descendemos a la capital de Rawi, usted bajará salvo que tenga miedo de que le ocurra algo.

—Soy un investigador: mi único miedo es que se me impida investigar —replicó agrio.

Anxa y Sunman salieron de la *Aquarius-34* para pasar a la nave rawi. Como no existía túnel de comunicación, pasar de una nave a otra resultaba engorroso.

El senador Haswar pensó que su hija parecía distinta, era como si las largas horas pasadas en la cosmonave de los terrícolas la hubieran cambiado. Los terrícolas, según ellos más primitivos pero también más sensitivos, debían haber ejercido una poderosa influencia en la

hermosa Anxa que aún no había llegado a una osificación de su carácter.

—Es emocionante regresar a Rawi, padre, pero cuando Vandrow y sus milicianos se enteren de que somos nosotros los que estamos aquí, nos impedirán llegar al planeta.

—Ya que hemos regresado, lucharemos contra Vandrow. Hemos de vencerle o morir.

—¿Es un acuerdo de la asamblea de senadores?

—Sí, Anxa. Hemos celebrado asamblea de senadores y esta es nuestra decisión. Si no podemos vencer a Vandrow, moriremos y que el pueblo de Rawi sepa de nuestra muerte, de nuestro sacrificio. Será un ejemplo para que los oprimidos se levanten contra el tirano. Ahora, si me disculpas, me gustaría hablar con el comandante terrícola.

El senador Haswar condujo a Sunman a un despacho pequeño y aislado. Cerró la puerta y ambos se miraron a los ojos.

—¿Sucede algo grave?

—Grave es ya que estemos aquí, pero al mismo tiempo es una situación feliz para nosotros. Morir sin que nuestro pueblo se entere habría sido una muerte estéril.

—Podríamos comunicar a su pueblo que ustedes están aquí; sin embargo, opino que hay que tener mucho cuidado. Una decisión precipitada sería negativa.

—Es cierto, no hay que precipitarse, pero ha llegado el momento de actuar. Vosotros los terrícolas habéis llegado muy lejos; nos habéis ayudado, os habéis arriesgado por nosotros. Estamos en deuda, pero ahora ya no nos podemos volver atrás, hay que actuar.

—Sí, usted repite que hay que actuar, pero ¿qué quiere que hagamos, que envíe un artefacto termonuclear a la metrópoli?

—No. El pueblo de Rawi no tiene la culpa de que un hombre se haya apoderado del gobierno ayudado por unos generales traidores a sus juramentos. Nuestro pueblo ha dedicado sus investigaciones y evolución tecnológica a la paz, a la ciencia, a la cultura, y no nos preparamos para ninguna guerra. Vandrow lo sabe y si ha puesto en marcha las factorías pesadas para fabricar armamento bélico es para conseguir poder ofensivo y defensivo, pero en estos momentos, las cosmonaves milicianas son escasas y su poder de combate resulta limitado.

—¿Me está pidiendo que les dé una demostración de fuerza?

—Me dijo que iba armado.

—Y así es.

El presidente del senado atropellado por Vandrow suspiró y luego explicó:

—Existe un movimiento de resistencia en Rawi contra el tirano. Vandrow no está excesivamente preocupado por ese movimiento que es reprimido por su policía Uve.

—¿Policía Uve?

—Sí, él la llama Uve por su inicial, es su policía particular, no la defensora de la Ley. La policía Uve es una policía política dura e implacable contra quienes se rebelan.

—¿Tiene algún contacto con esos movimientos de resistencia de su pueblo?

—Sí y sería bueno si pudierais llamar la atención de Vandrow y sus generales.

—¿De qué modo?

—Algo efectivo. Ellos se estarán preguntando cuál es vuestra fuerza bélica. Los rawi sabemos que los terrícolas sois belicosos, pero no nos hemos puesto a la defensiva porque vuestro radio de acción es aún limitado. El que haya llegado hasta aquí una nave terrícola no significa que pueda arribar una flota cosmonáutica invasora. Rawi no está preparado para resistir ninguna invasión porque no la ha temido; vuestra arribada aquí les estará preocupando.

—¿Y lo que quiere usted es aprovechar la confusión?

—Sí.

—¿Para establecer contacto con el movimiento de resistencia contra el tirano?

—Sí.

—¿De qué forma?

Kester Sunman se dispuso a escuchar el plan pensado por el senador y padre de Anxa.

Miró a aquel varón perteneciente a otro mundo y se dijo que no podía contarle que su hija había despertado a sensaciones nuevas, sensaciones desconocidas para las mujeres rawi, sensaciones que posiblemente habían quedado ancladas en el pasado lejano de aquellas mujeres sujetas a una educación que las dejaba insensibles al goce del amor y a la comunicación espiritual y carnal de los amantes.

CAPÍTULO IX

Kester Sunman organizó un plan de trabajo.

El profesor Wolfgang, mucho más asequible que su colega Nicholson, aceptó relevar a Ticiano en el control de la telecomunicación de la nave Rawi mientras el propio Ticiano se hacía cargo de la *Aquarius-34*.

Sunman había comunicado a las autoridades de Rawi que iba a descender una pequeña embajada de amistad al planeta y desde el centro de control aceptaron bien aquella visita.

El profesor Nicholson comenzaba a sentirse impaciente por visitar la primera metrópoli extraterrestre que veían ojos terrícolas.

Kester Sunman pilotaría la pequeña nave llamada «Icaro» que servía para visitas cortas. Iba almacenada dentro de un pequeño hangar de la *Aquarius-34*.

—Podemos marcharnos —dijo el profesor Nicholson, ansioso por llegar a la capital del planeta Rawi,

—Espere, tiene que venir *Gogo*.

—¿*Gogo* viene con nosotros? —preguntó, un tanto sorprendido.

—¿No se lo había dicho?

—No.

—Pues sí, nos acompañará.

—¿Para qué?

—Nunca se sabe la ayuda que nos puede prestar *Gogo*.

—Iremos menos apretados en esta pequeña nave si no viene *Gogo*.

—Profesor Nicholson, si no le gusta, apéese.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que ha oído.

—¿Antes es *Gogo* que yo?

—Vamos, vamos, profesor, no sea tan susceptible. Cualquiera al oírle podría pensar que tiene celos de un robot biónico.

—Me parece una observación de muy mal gusto.

Se escucharon los pasos del robot que avanzó pesadamente hacia ellos y se detuvo frente a la pequeña nave «Icaro».

—Y ahora, ¿cómo vas a entrar? Este trasto sólo tiene dos plazas frontales y dos puertas.

—Póngase en los asientos de atrás. *Gogo* se pondrá delante.

—¿Cómo, da preferencia al robot?

—No es que le dé preferencia, es que es de movimientos más lentos y si está junto a la puerta podría salir antes.

El profesor Nicholson lanzó un bufido y se pasó a los asientos posteriores. *Gogo* se sentó junto a Sunman y éste cerró las portezuelas herméticamente.

Poco después, abandonaban la nave *Aquarius-34* y entraban en la atmósfera del planeta Rawi seguidos por los objetivos de las telecámaras con que iba provista la nave *Aquarius-34* y también por las vigilantes telecámaras del astropuerto de Rawi

—Es hermoso Rawi, ¿verdad? —opinó Kester mirando extensas zonas de bosques y mares azulados.

—¿Me lo pregunta a mí? —respondió Nicholson con un gruñido.

—No se lo voy a preguntar a *Gogo*, ¿verdad?

—Positivo.

—¿Ve cómo le ha respondido él?

—Kester, ¿cómo va el descenso?

Por uno de los altavoces del salpicadero acababa de entrar la voz de Ticiano sin previo aviso.

—Bien. —Consciente de que podían ser escuchados por los rawi que podían interferir las señales de comunicación, añadió—: Si nos ocurre algo, ya sabes qué plan hay que poner en marcha.

—Seremos efectivos, no lo dudes. Llevamos suficiente armamento como para convertir en moléculas todo este planeta si en vez de

amigos encontramos enemigos.

La pequeña nave «Icaro» cruzó la metrópoli a considerable altura y se dirigió al astropuerto que tenía perfectamente localizado.

Al llegar al astropuerto, observaron que las pistas estaban despejadas y que las naves se hallaban en los hangares, pero había vehículos en cantidad y podía verse a un buen número de fuerzas milicianas.

—Creo que vamos a tener problemas —gruñó el profesor Nicholson al ver a tantos varones rawi uniformados y armados.

—Si hubieran querido desintegrarnos, ya lo habrían hecho.

Kester describió un círculo con su pequeña nave sobre el astropuerto y descendió en el espacio que habían dejado libre entre las formaciones de milicianos rawi.

Paró el motor de la «Icaro» y un vehículo rawi que se desplazaba a escasa distancia del suelo, sin tocarlo, se detuvo junto a la nave terrícola.

Sunman reconoció de inmediato al hombre de más alta graduación que viajaba en el vehículo.

—Parece que ha venido a recibirnos el propio general Tramar.

Abrieron la «Icaro» y en ese preciso instante, comenzó a sonar un ampuloso himno nacional.

—Parece que tienen costumbres terrícolas, querrán que pasemos revista a los milicianos.

—No está mal, somos los embajadores de la Tierra —manifestó el profesor Nicholson y carraspeó, no exento de orgullo.

Gogo también descendió y se puso a un lado mientras Kester Sunman y el profesor Nicholson saludaban a quienes habían ido a recibirles.

—Bienvenidos al planeta Rawi, terrícolas. Tengo el honor de darles la más cordial y amistosa de las bienvenidas en nombre de nuestro augusto presidente Vandrow.

—Gracias, general. Habla usted muy bien la lengua de los terrícolas, lo que nos asombra.

—Hemos observado y estudiado su civilización. Estábamos

seguros de que su proceso de evolución tecnológica sería rápido y pronto podríamos estrechamos la mano de igual a igual; sin embargo, hemos de reconocer que han evolucionado muy aprisa, más de lo que esperábamos. La nave espacial en la que han llegado es muy grande.

—Pchs… Tenemos otras más grandes, pero esas son milicianas.

—¿Naves milicianas mayores que la que ha llegado a Rawi? —repitió el general Tramar enarcando las cejas, preocupado ante el farol que acababa de soltar Sunman.

El profesor Nicholson carraspeó ligeramente mientras *Gogo* permanecía quieto y atento muy cerca de ellos.

—Sí, nuestra flota sideral miliciana ha hecho mayores avances. Están haciendo maniobras de preparación en torno al planeta Plutón. ¿Saben cuál es el planeta Plutón?

El general Tramar asintió.

—Sí, es el último planeta de su sistema estelar según la nomenclatura que ustedes le dan.

—Así es. ¿Podremos entrevistarnos con el presidente de Rawi?

—Naturalmente, pero antes visitarán la capital de nuestro pueblo. Suban al vehículo, por favor.

El profesor Nicholson se apresuró a acomodarse en el vehículo de los rawi. Sunman ordenó al robot:

—Arriba, *Gogo.*

—Si lo desean, pueden dejar aquí al robot, nadie lo tocará. Una guardia especial dará escolta a su vehículo.

—Gracias general, prefiero que nos acompañe.

—Como gusten.

Sunman cerró la portezuela de la nave «Icaro». Sabía que era muy difícil que pudieran abrirla sin dejar huella, ya que el cierre era automático.

El vehículo del general Tramar se puso en marcha, avanzando por delante de las formaciones de milicianos que saludaron brazo en alto.

El profesor Nicholson hinchó su pecho; le daba la impresión de que estaban siendo recibidos con honores de jefes de estado y todos

sus recelos desaparecieron.

Se dirigieron hacia la salida del astropuerto y otros vehículos se unieron a la comitiva, unos colocándose delante para abrir paso y otros detrás para cerrar la marcha.

Recorrieron la distancia que separaba el astropuerto de la metrópoli. Los terrícolas no tardaron en divisar la colina que dominaba la ciudad, en cuya cumbre se alzaba algo.

—¿Qué hay allá arriba? —preguntó Kester Sunman con aire inocente.

—Un palacio —respondió evasivo el general Tramar, apresurándose a preguntar a su vez—: ¿Se dirigen hacia aquí más naves terrícolas?

—Nos hemos dispersado en distintas direcciones. Tratamos de localizar otros mundos con vida inteligente.

—¿Deseos de buscar amigos en el espacio sideral?

—Sí. Estábamos seguros de que encontraríamos vida inteligente. Hemos sido visitados durante milenios por objetos volantes no identificados, pero no habíamos logrado contactar con seres extraños a nuestro planeta, me refiero a nivel oficial, pues existen testimonios de terrícolas que sí habían establecido contacto con extraterrestres.

—Es posible que alguna de nuestras expediciones de observación hubieran establecido contacto, pero siempre fueron a observar.

Entraron por una amplísima avenida y, con sorpresa, pudieron ver colgadas millares de banderitas con los colores de la Confederación Terrícola y los de la bandera de Rawi.

—¿Conocen nuestra bandera? —se asombró el profesor Nicholson.

—Ya les he dicho que les hemos observado durante mucho tiempo.

Al profesor Nicholson le agradó mucho aquel detalle de las banderitas. Sunman no hizo ningún caso.

En la avenida había mucha gente, observando en silencio. No gritaban ni aplaudían, simplemente miraban con curiosidad a los terrícolas y a su robot.

—No veo vehículos. ¿Han cerrado el tráfico? —preguntó Sunman.

—El tráfico pasa por túneles. Sólo los vehículos oficiales pueden utilizar las vías al aire libre.

De pronto, por delante, de ellos, se escucharon gritos, la gente se removió. La comitiva se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó el profesor Nicholson.

El general Tramar frunció el ceño pero no respondió. Se escucharon fuertes sirenas intermitentes y la muchedumbre que se hallaba en la avenida comenzó a correr en todas direcciones mientras se escuchaban algunos gritos.

Por distintas bocacalles aparecieron vehículos policiales que se acercaron a los manifestantes que fueron atacados con inusitada violencia. Hubo fuerte lucha, pero todo ocurrió en breves segundos.

Unos furgones muy grandes sirvieron para cargar a todos los detenidos, inconscientes y golpeados. La avenida quedó de nuevo despejada ahora sin público que observara con curiosidad a los terrícolas.

—¿Tienen problemas con los disconformes del régimen? —preguntó Sunman.

—Bah, carece de importancia, son jóvenes llenos de ardor que mejor sería que lo emplearan en estudiar y trabajar.

—Pues, no da impresión de que el resto del pueblo esté en contra de los manifestantes —opinó Kester Sunman.

—Bah, no es así —trató de suavizar Tramar—. Es que son muy cívicos.

La comitiva prosiguió. Fueron conducidos a un magnífico establecimiento hotelero e instalados en la planta noble. Los balcones de las suites daban a unos hermosos jardines, pero no a la avenida.

—Pueden descansar. Después de comer serán recogidos para que visiten algunos de nuestros centros.

El profesor Nicholson dijo sin ambages:

—Estoy ansioso por ver el centro de investigaciones mineralógicas.

Gogo, el robot, se mostraba muy activo; iba de un lado a otro ante

la mirada expectante de los milicianos que incluso le seguían.

—¿Qué hace el robot? —preguntó el general Tramar que empezaba a molestarle tanta actividad de movimientos por parte de *Gogo*.

—Cumplir su programación.

—¿Y para qué ha sido programado ese robot?

—¿Cuáles son las órdenes que le ha dado el presidente Vandrow a su jefe de policía esta mañana?

—Pues… Comprendo. Bien, les dejo; si necesitan algo, pídanlo al gerente de la residencia.

—General, le agradecería que los milicianos se fueran; nos da la impresión de que estamos detenidos.

—¿Podré ver el centro de investigaciones mineralógicas?—insistió el profesor Nicholson que antes no había obtenido respuesta.

—Ah, sí, ya hablaré con el secretario de cultura. En cuanto a los milicianos, bueno, es para que no sean ustedes molestados.

—No quisiera verlos tan cerca —insistió Sunman.

—Vigilarán la puerta principal de la residencia —dijo el general Tramar y después se marchó.

—Nos están tratando estupendamente —opinó el profesor Nicholson, satisfecho.

—¿Le parece bien lo que ha ocurrido en la calle?

—¿A qué se refiere?

—No se haga el idiota, profesor. Me refiero a la manifestación en contra de Vandrow.

—Yo sólo entiendo cuando me hablan en mi lengua; no tengo la suerte de los rawi que pueden hablar la nuestra y la suya sin problemas. Además, ese es un asunto de orden interno.

—Bien, ya sabe que no debe hablar nada de lo que nos ha traído aquí.

—Tenga cuidado, Sunman —dijo sarcástico el profesor Nicholson —. Podrían estar escuchándonos.

—Es cierto, podrían escucharnos.

Y desvió su mirada hacia *Gogo* que se había acercado a una de las ventanas y con sus ojos electrónicos contemplaba el exterior.

Cualquiera hubiera opinado que poseía vida inteligente y saboreaba la belleza de los jardines que quedaban al otro lado del cristal.

CAPÍTULO X

El general Tramar acudió acompañado de otros dos generales; uno era el secretario de cultura y el otro, el secretario de seguridad ciudadana del que dependía la policía Uve.

El general Tramar hizo las presentaciones de rigor. Después, dijo:

—El profesor Nicholson puede visitar el centro de investigaciones mineralógicas. Estamos seguros de que allí encontrará muestras de minerales que le asombrarán. Las tenemos de muchos planetas, incluso de la Tierra.

—Será magnífico ver esa colección —exclamó contento el profesor Nicholson.

—Para usted, comandante Sunman, tengo una visita preparada al centro de ensamblaje de cosmonaves y a la academia de oficiales milicianos. Cuando llegue la noche, están invitados a una cena de bienvenida en el palacio imperial.

—¿Imperial?

—Bueno, antes no era imperial, pero los propósitos de nuestro presidente es que Rawi sea un imperio galáctico. Y nos agradaría mucho incluir a los terrícolas como hermanos nuestros.

—Será un honor para los terrícolas estar hermanados con seres tan inteligentes como los rawi —manifestó el profesor Nicholson.

—El robot, ¿con quién irá? —preguntó el general secretario de seguridad.

—Se puede quedar aquí. ¿No es el lugar donde dormiremos esta noche? —preguntó Sunman.

—Sí, aquí dormirán.

Sunman añadió:

—Mañana hemos de regresar a nuestra nave.

—¿Tan pronto? —se lamentó el profesor Nicholson.

—Sí, pero haremos nuevas visitas a Rawi.

—Pueden bajar por turnos. ¿Cuántos son? —preguntó con

naturalidad el general Tramar.

—Cuatro —respondió el profesor, espontáneo.

—Cuatrocientos —rectificó Sunman sonriente.

El profesor Nicholson se sintió en falta y lanzó una corta risita.

—Sí, claro, claro, estoy tan emocionado con la visita al centro de investigaciones mineralógicas. En fin, me gustaría que estuviera aquí conmigo el profesor Wolfgang.

—¿Ese profesor Wolfgang está en su nave? —preguntó el general Tramar.

—Sí.

—¿Y cuántos profesores han venido?

Kester Sunman comprendió que el general Tramar no dejaba de llevar adelante un velado interrogatorio y antes de que pudiera responder el profesor Nicholson, lo hizo él diciendo:

—Ha venido un equipo muy competente y, por supuesto, suficiente.

—¿Cuánto es suficiente?

—No tiene interés el número. Los criterios de nuestra civilización serán distintos a los de Rawi y supongo que el profesor Nicholson no lo olvidará en ningún momento.

El profesor comprendió el aviso que acababa de lanzarle Sunman, un aviso que no hacía más que recordarle lo que le dijera en la *Aquarius-34* antes de descender al planeta Rawi.

—Sí, los suficientes —admitió el profesor Nicholson.

El profesor se dejó conducir por el secretario de cultura, un general miliciano como los otros secretarios del gabinete superior del gobierno del tirano Vandrow.

Las suites quedaron vacías.

Gogo quedó quieto junto a una puerta, al lado de una artística maceta con una planta desconocida en el planeta Tierra y que poseía hojas como pintadas en verde y rojo.

Dos milicianos avanzaron por las habitaciones observando con

atención.

Uno de ellos se acercó a *Gogo,* enfrentándosele. De pronto, se encendió un piloto rojo en el pecho del robot.

—¡Alerta, alerta, alerta!

El miliciano vaciló. El otro se le acercó y le dijo algo cogiéndolo por el brazo y apartándole del robot que había demostrado no estar tan detenido como pudiera parecer. No permitía que nadie se le acercara.

Los milicianos se alejaron dando una mirada de soslayo a *Gogo* que no se había movido, pero al marcharse los milicianos, apagó su luz roja de alerta.

Pasaron los minutos, se hizo un silencio profundo en aquellas estancias.

De pronto, todo el tronco del robot se abrió por el costado como si fuera una puerta. En su interior, el robot estaba hueco y dentro se hallaba Anxa que miró preocupada en derredor.

Se encogió sobre sí misma y gracias a su flexibilidad, salió del interior del falso robot. Cerró el tronco del supuesto robot y éste quedó como estaba antes.

Anxa deambuló por la suite.

Se acercó a la puerta y pegó su oído a la madera. Escuchó y le pareció que todo estaba tranquilo. Cuidadosamente, abrió la puerta y miró hacia el exterior. Descubrió a dos milicianos armados controlando la salida del corredor.

Volvió a cerrar, por allí no podía salir.

Regresó al interior de la suite, salió a la terraza y miró hacia los jardines. Trató de descubrir a alguien vigilando y le pareció que estaba solitario, por lo que se atrevió a descolgarse por la baranda y el tronco grueso de una trepadora de hoja perenne.

Ya en el jardín, se apresuró a buscar cobijo tras unos setos. No era bueno tratar de salir por la puerta principal, ya que estaría vigilada.

Buscó entrar por un corredor y de él descendió por una escalera, llegando al área de servicios. Vio a gente trabajando.

Un individuo cargaba un vehículo con ropa para lavar. Anxa no

se lo pensó dos veces y mientras el hombre estaba vuelto, ella saltó como una pantera. Pasó por detrás de él y se arrojó al interior del vehículo.

Allí, se ocultó tras la ropa mientras el mozo seguía cargando más ropa.

Se mantuvo oculta. Esperó a que cerraran la portezuela y después, un ligerísimo silbido le indicó que el vehículo iniciaba la marcha.

Salió de la residencia por uno de los túneles y se sumergió en las arterias ocultas de la gran metrópoli de Rawi. Toda la circulación privada y de servicio público discurría por debajo del suelo.

Anxa se acercó a la portezuela y probó a abrirla desde el interior, lo que no le costó demasiado. Aguardó a que el vehículo se detuviera y cuando lo hizo, saltó rápidamente de él.

El conductor de otro vehículo la vio; las miradas se encontraron y Anxa no dudó en correr hacia él, abrir la portezuela y penetrar en el vehículo desconocido.

—Eh, ¿qué haces?

—Ponte en marcha —le apremió la muchacha, mirando en derredor.

El hombre, ya maduro, elegante, se puso nervioso y comenzó a sudar.

—¿Te persigue la policía Uve?

Anxa no vaciló en responder:

—Sí.

—Pero, pero, pero… —casi tartamudeó aquel hombre mientras se dejaba llevar por la corriente circulatoria subsolar—. ¿Eres una delincuente social o te persiguen por rebelde al régimen de Vandrow?

—¿Tengo cara de ratera?

—No, no.

—Pues sigue, no quiero que nadie me vea.

—¿Quién eres?

—Alguien con problemas y si me ayudas a mí, ayudas al pueblo

de Rawi. Gira por la siete cuatro uno.

—¿La avenida siete cuatro uno? Si voy en dirección opuesta...

—Circula por donde te digo o será peor. Si me cazan a mí, te capturarán a ti también y ya sabes que a los que colaboran con los rebeldes al régimen les dan duro.

—Está bien.

Tomó la avenida que la joven indicaba. El túnel era amplísimo, con doce carriles. Una luz amarilla lo iluminaba todo; sin embargo, cada vehículo llevaba sus luces propias y todo el vial subterráneo resultaba una orgía multicolor.

—Yo no me he metido nunca en política —rezongó aquel hombre.

—Hay que meterse en política o convertirse en borrego.

—Las cosas no van tan mal ahora —objetó él.

—Porque todavía no es tarde. Dentro de poco tiempo, las nuevas generaciones estarán educadas en razón a quedar sometidas al poder de Vandrow. Se les escamoteará la historia y desconocerán hasta el significado de la palabra «libertad».

—Sí, sí, claro, los jóvenes.

—Los jóvenes, los viejos. Toma por la catorce ahora.

El hombre no volvió a protestar, siguió obedeciendo.

Quizá le tenía más miedo a Anxa que a los propios policías Uve que de trecho en trecho podían verse vigilantes en sus vehículos, dispuestos a iniciar una persecución. En cada ocasión, Anxa se volvía hacia el hombre para que su rostro no resultara demasiado visible.

—No habrás puesto una bomba, ¿verdad?

Anxa no contestó y al pasar junto a un andén que daba acceso a una salida exterior, exigió:

—Para aquí y cuando veas a alguien, dile que los senadores no han muerto.

—¿Los senadores?

—Sí, los senadores, los representantes del pueblo, los hombres y mujeres votados por nosotros.

Cerró la portezuela y corrió en busca de la salida.

Subió por la escalera mecánica y quedó en la calle, iluminada por la estrella que era su sol.

La calle estaba tranquila. Algunas personas deambulaban de un lado para otro. El silencio sólo era turbado por la brisa que movía las hojas de los árboles provocando un rumor que le agradó y confortó, un rumor que ya había creído no volvería a oír jamás.

Anduvo al aire libre acercándose a los edificios y evitando ser vista.

Miró hacia la colina y divisó el palacio en el que se había encastillado el tirano.

Entró en un edificio, buscó una puerta de hierro y llamó a ella con los nudillos de forma especial. Al poco, se abrió con cuidado y apareció un rostro femenino y joven como ella que al verla exclamó:

—¡Anxa!

—Déjame pasar, aprisa.

Anxa pasó al otro lado de la puerta metálica. Allí había terminales eléctricas, mas por una trampilla lateral se accedía a una escalera que conducía a un sótano donde había mucho humo y sonaba música de un instrumento de cuerda que recordaba a una guitarra española; aunque tenía bastantes diferencias con ella y una de estas diferencias era su mayor tamaño, pues recordaba a un violonchelo.

—¡Es Anxa, es Anxa! —gritó la joven que la había reconocido.

La música dejó de sonar y todos se levantaron para verla.

Allí había jóvenes de ambos sexos y también algunos hombres de más edad. Incluso, uno de ellos tenía el cabello cano, los movimientos pausados y una mirada llena de amistad.

—Anxa, hija, creíamos que te habías ido con tu padre, el honorable senador Haswar.

—Sí, me fui con él pero no por gusto. Nos metieron a todos en una nave amenazados por las armas de los milicianos de Vandrow y cuando ya estábamos en el espacio sideral, nos abandonaron a nuestra suerte con los motores inutilizados, sin material para repararlos y sin aparatos de telecomunicación.

—¡Eso es un asesinato en masa! —gritó uno de los jóvenes.

—Querían que nos perdiéramos en el espacio para siempre y estuvimos a punto de desintegrarnos contra un planetoide errante, pero aparecieron los terrícolas en su nave y consiguieron evitar la colisión. Por eso estamos vivos.

—¿Los terrícolas? —se asombró el hombre del cabello blanco.

—Sí, nos han ayudado y nos han traído de vuelta a Rawi.

—No sabíamos nada —manifestó el anciano ante la expectación general de cuantos allí estaban escondidos de la policía Uve que debía de andar buscando el refugio.

—No lo sabe nadie, ni los milicianos. Esos terrícolas son muy astutos y nos están ayudando. Mi padre y los demás senadores y sus respectivas familias están en órbita.

—¿En la nave terrícola? —preguntó un joven.

—Sí, más o menos.

—¿Y cómo has conseguido que no te descubrieran? —preguntó el que había estado tocando la música—. Hemos visto a los terrícolas junto al general Tramar y hemos intentado organizar una manifestación, pero nos han dado duro y han caído muchos compañeros por la libertad. Parece que la policía Uve ha aumentado su dureza en la represión.

—Ya os digo que esos terrícolas que nos están ayudando son muy astutos; sin embargo, estamos buscando la forma de regresar a Rawi todos, los senadores y sus familias.

—Si son atrapados por la policía Uve, se van a asegurar de que no podáis volver nunca más —opinó la muchacha que le abriera la puerta.

—Lo sé, por ello no nos vamos a dejar atrapar de nuevo. No volverán a encerrarnos en una nave para que jamás salgamos vivos de ella como ya han pretendido hacer. Suerte hemos tenido que aparecieran los terrícolas que, además, son muy arriesgados y nos han ayudado aun con peligro evidente de sus vidas.

—¿Y son muchos los terrícolas para podernos ayudar? —preguntó el joven del instrumento musical.

—Pocos pero muy eficaces, aunque no hemos de contar con ellos.

Somos nosotros quienes debemos librar la pelea contra Vandrow o nuestro pueblo ya no se levantará jamás del aplastamiento a que nos somete el tirano.

—Te escuchamos, Anxa, estamos dispuestos a la lucha. No han sido pocos los que han caído ya y los que están encerrados en las cárceles de Vandrow. Si hay que morir, moriremos en la lucha.

—¡¡Moriremos!! —gritaron todos a una.

A Anxa se le humedecieron los ojos de emoción, sensación que no había experimentado antes. Era como si sus contactos con el terrícola Kester Sunman la hubieran despertado a sensaciones desconocidas hasta entonces.

CAPÍTULO XI

La escuela de oficiales milicianos no le había producido ninguna impresión especial. En cuanto a la factoría de ensamblaje de cosmonaves, sí le había sorprendido por su magnitud, aunque no tardó en enterarse de que las naves de tipo convencional para observar, explorar e investigar, iban siendo transformadas en naves bélicas.

—¿Acaso tienen problemas con algún enemigo? —había preguntado al general Tramar que se hallaba a su lado en todo momento.

—No exactamente, pero hemos de ir renovando el material que va quedando caduco. Hay que mantener una fuerza defensiva.

—Da la impresión como si se estuvieran rearmando con un ritmo apremiante.

—No sé qué le hace pensar tal cosa, terrícola. Los obreros trabajan con interés en nuestras factorías porque son muy adictos al presidente Vandrow y desean que él se sienta orgulloso de ellos.

Mientras el general Tramar hablaba, Sunman miró hacia las salidas y vio a policías controlando la situación, Comprendió por qué los obreros trabajaban a un ritmo que podría calificarse de eufórico y entusiástico.

—¿Y con qué tipo de armas van a aprovisionar estas naves?

—Tenemos varios tipos de armas y como comprenderá, eso es secreto militar.

—Comprendo.

—Y los terrícolas, ¿qué armas utilizan?

—Secreto militar —respondió Sunman sonriente.

—Sí, claro, secreto militar; no obstante, ustedes se hallan aún en el período primario de observación, sin capacidad para formar una flota bélica de cosmonaves.

—Esa es su opinión, general, yo no he dicho tal cosa.

—Magnífico, magnífico, podríamos hacer grandes planes juntos si tienen capacidad para poner en el espacio sideral una flota de

cosmonaves bien armada. Podríamos formar una alianza.

—¿Una alianza, para qué?

—Bueno, en Voyec existe un planeta con una civilización que es guerrera por naturaleza. Hay que estar prevenidos contra cualquier posible ataque por su parte.

—¿Y dónde está Voyec?

—Es una estrella que se ve bien desde Rawi, es nuestro sistema estelar vecino. Voyec es una estrella fuerte y grande.

—Creo que, de momento, nosotros no tenemos nada que temer de esos guerreros del sistema estelar de Voyec; no obstante, sí estableceremos buenas relaciones a nivel de gobierno. Seguro que se puede alcanzar una posible alianza.

—Yo confío que sí. Por cierto, ¿qué cargo tiene usted dentro del gobierno o la milicia terrícola?

—Soy comandante de vuelo con autonomía propia.

—¿No hay nadie más importante en jerarquía dentro de la nave terrícola?

—No, pero si a mí me ocurriera algo, otro ocuparía de inmediato mi puesto. Incluso, bastaría que yo hiciera algo en contra de lo estipulado en nuestras ordenanzas para que quedara automáticamente cesado de mi puesto por resultado del ordenador y el segundo comandante me reemplazaría.

—Comprendo, todo está previsto.

—Todo no; no esperábamos ser tan bien recibidos en Rawi.

Abandonaron la factoría. Se había hecho tarde y cuando subieron al vehículo, circularon por la superficie, lo que no podían hacer los vehículos ordinarios. Enfilaron hacia la colina donde se ubicaba el palacio.

Sunman preguntó:

—¿No regresamos a la residencia?

—La visita a la factoría ha sido larga y se ha hecho tarde, no se puede hacer esperar al presidente.

Kester Sunman aceptó la situación, hasta el día siguiente tenía

tiempo para comunicarse con Ticiano.

Mientras arribaban al palacio, fue observando barreras de seguridad.

Los milicianos adictos al tirano controlaban perfectamente la situación para impedir que ningún incontrolado pudiera acercarse al palacio-fortaleza de Vandrow, desde donde controlaba y se imponía a todo el planeta.

Rebasaron las barreras y cruzaron por la gran puerta del grueso y antiquísimo muro que circundaba la parte alta de la colina y dentro de cuyo recinto se levantaba el palacio rodeado de bellísimos jardines que se conservaban desde tiempos inmemoriales.

Los vehículos escolta se hicieron a los lados y el vehículo del general Tramar continuó hasta detenerse frente a la puerta principal.

Sunman caminó al lado del general Tramar, adentrándose en el palacio de Vandrow.

El control era allí muy rígido. Había vigilantes armados que lo controlaban todo.

El general Tramar condujo a Sunman a una salita donde ya estaba el profesor Nicholson cuyos ojos brillaban de entusiasmo.

—Aguarden un momento —les pidió el general Tramar.

Sunman miró en derredor, pensando que podían ser controlados por telecámaras ocultas.

—Tienen unos laboratorios de investigación mineralógica increíbles —comentó Nicholson.

—Estupendo, veo que le han gustado.

—He visto cosas maravillosas. Cuando se lo explique al profesor Wolfgang, no se lo va a creer.

—¿Ya no llora por haber dejado de investigar en el planetoide?

—Bueno, aquello podía ser explotable.

—Usted sabe que no. Un planetoide errante no es prácticamente explotable salvo que lo que se extraiga se pueda llevar en unas pocas naves. Se iría alejando más y más de nuestro sistema hasta resultar imposible permanecer en él.

—Pero, nuestro contrato especificaba que debíamos de investigar y extraer muestras del planetoide Verde.

—Bueno, bueno, ya ha visto lo que tiene por aquí. Si se quedara un tiempo, podría aprender mucho de la tecnología rawi.

—Sí, sí podemos aprender mucho. Estoy dándole vueltas para encontrar la forma para poder quedarme aquí durante un tiempo, aprendería mucho. Nuestra tecnología en minerales daría un salto gigantesco y espectacular hacia adelante y cuando regresara al planeta Tierra, llevaría conmigo estas enseñanzas para propagarlas entre mis colegas.

—No hable todavía de tiempo para quedarse, profesor Nicholson.

—¿No podríamos retrasarlo todo un poco? Quizá en quince días podría aprender lo suficiente, tomaría grabaciones de videotape a todo color y en tres dimensiones. Me han ofrecido incluso piedras magníficas halladas por los rawi en este planeta y en otros. He visto un corindón rojo, rubí puro y perfecto, más grande que mi cabeza. También he visto aleaciones de metales en su estado natural con un peso específico que nosotros jamás podríamos alcanzar por contracción de grandes volúmenes. En fin, sería largo de explicar todo lo que he visto. No me perdonaría jamás regresar a la Tierra sin llevarme lo que aquí se puede aprender.

—Frene su entusiasmo, profesor Nicholson.

No pudieron continuar hablando, el general Tramar regresó para pedirle que le siguieran.

Fueron conducidos a un salón espléndidamente iluminado. El arte que había en sus paredes, en sus esculturas, en todo cuanto allí existía, era distinto a lo que se conocía en la Tierra, esencialmente cambiaban los colores que eran más vivos, más puros, menos matizados.

La mesa tenía forma de uve con el vértice achatado.

Todos los asistentes eran militares, acompañados de sus esposas.

Sunman y el profesor Nicholson fueron saludados con el brazo en alto y, al poco, se escuchó un himno en un volumen tan fuerte que vibraban hasta los cristales.

Entonces hizo su entrada en el salón donde estaba dispuesta la cena el presidente Vandrow, un sujeto que había sido capaz de meter en una nave a todos los senadores representantes del pueblo y lanzarlos al espacio para que no regresaran jamás.

El general Tramar actuaba como instructor y condujo a los terrícolas junto al alto y duro Vandrow, aquel hombre que tenía un rostro extraño a causa de unas quemaduras sufridas en su juventud.

—Es un placer para el pueblo de Rawi que los terrícolas hayan llegado hasta nuestro pueblo en amistad y Paz.

—No traigo ningún mensaje del gobierno de la Confederación Terrícola, ya que ignorábamos que aquí hubiera vida.

—Nosotros conocíamos muy bien vuestra existencia —les dijo Vandrow.

—Sí, es evidente por la facilidad con que hablan nuestra lengua.

—Cuando descubrimos una civilización inteligente lo estudiamos todo de ella, esencialmente su lengua porque es básica para comprender su cultura, su forma de ser.

—Lo que nos ha extrañado es que no establecieran contacto con los terrícolas en sus visitas periódicas —les observó el profesor Nicholson —. Tienen ustedes mucho que enseñarnos.

—Usted es el profesor que ha podido constatar nuestra tecnología en mineralogía, ¿verdad?

—Sí es magnífica. Me gustaría pasar un tiempo junto a sus científicos para aprender de ellos.

—Pues, eso puede ser posible, muy posible; por nuestra parte no hay ningún inconveniente.

—Creo que no será tan fácil —intervino Kester Sunman—. Tendremos que regresar a la Tierra y dar cuenta del descubrimiento de un planeta con vida inteligente. Es posible que el profesor Nicholson pueda regresar a Rawi en la próxima expedición.

—Quizá con la larga duración del viaje no le sea posible ir y volver. El profesor no es tan joven como usted, comandante Sunman.

Sunman y Nicholson se miraron.

El profesor Nicholson comprendió que, efectivamente, no era tan joven como Sunman, que su tiempo era limitado y que sus posibilidades de triunfar, de deslumbrar a sus colegas en la Tierra, eran pocas.

Algo amargo brotó como agua de un manantial dentro de su

cerebro, un manantial emponzoñado.

Kester Sunman tenía otras miras, otros objetivos y no le dejaría ir adelante. Sunman solía hacer lo que le venía en gana y él tenía que ir a remolque. En el centro de investigaciones mineralógicas de Rawi había visto la posibilidad del triunfo en su vida.

Siempre había sido un investigador oscuro, sin éxitos; por ese motivo se había alistado a las investigaciones extraterrestres lejanas. Tenía que obtener su éxito personal, algo que pudiera llevar su nombre; por ello se había molestado tanto cuando Sunman lo había arrancado materialmente del planetoide para salir en ayuda de seres desconocidos.

Se distribuyeron en la mesa.

Las voces se escuchaban bien gracias a unos micrófonos casi invisibles que hacían que todos pudieran conversar sin tener que alzar la voz.

Las mujeres de Rawi miraban a Sunman con mucha curiosidad. Era él y no el profesor Nicholson quien atraía la atención general.

—¿Es cierto que los terrícolas son muy belicosos? —preguntó la mujer de uno de los generales del gobierno de Vandrow.

—Bueno, hace un par de siglos salimos de una época de nacionalismos para entrar en la era de la Confederación total. Supongo que en su historia pasada también han tenido ustedes muchas guerras nacionales o tribales, no sé cómo se pueden llamar aquí.

—Hace muchísimo tiempo que no tenemos guerras en Rawi —dijo el propio Vandrow, satisfecho y orgulloso en su presidencia. Seguro de que nadie osaría interrumpirle, prosiguió—: Ni las tendremos en mucho tiempo tampoco. —Miró a Sunman y comentó—: Sé que las hembras terrícolas son hermosas.

—Así es, lo mismo que las hembras de Rawi.

—Sí, sí, la verdad es que no me importaría aparearme con una hembra terrícola si de esta forma conseguíamos una alianza fuerte y duradera. Vuestro presidente tiene una hija dispuesta para el apareamiento.

—El presidente de la Confederación Terrícola es renovable. Posiblemente en estos momentos ya no esté en la presidencia el mismo hombre que yo vi.

—Eso es un error político, un error de gobierno. Si al presidente lo cambian, ya no puede seguir adelante con sus proyectos.

—Creo que es mucho mejor que sea renovable; así, si hay errores, otro hombre puede recuperar lo perdido

—¿Y si tiene éxitos?

—Puede ser nombrado de nuevo, pero siempre estará atento porque otro puede ocupar su lugar por la voluntad del pueblo. Eso es necesario para que el presidente no se crea jamás un dios omnipotente sino un hombre en el que confían los demás y, día tras día, debe demostrar que es merecedor de esa confianza.

—No estoy de acuerdo, pero, hablemos de otras cosas —dijo el presidente Vandrow mientras el general Tramar miraba con mucho recelo a Kester Sunman.

CAPÍTULO XII

Ya de regreso a la residencia donde habían de pasar la noche, el profesor Nicholson iba eufórico. Sus ojos brillaban y Kester Sunman rezongó:

—Esa bebida que nos han ofrecido parecía agua, pero produce su efecto.

—A mí me ha parecido que no era alcohol.

—No forzosamente ha de ser alcohol para producir una euforia excesiva, casi una borrachera. Quién sabe qué tipo de plantas utilizan.

—Sí, puede que sea algo psicotrópico, pero yo me siento muy a gusto.

Sunman le miró un tanto preocupado. Él se mantenía a la reserva a la hora de beber, pero el profesor Nicholson, eufórico por todo lo que había visto en el centro de investigaciones mineralógicas, no había tomado ninguna clase de precaución.

—Me voy a mi habitación a dormir —dijo el profesor Nicholson.

Sunman esperó a que Nicholson se fuera a su suite y cuando se sintió solo, se acercó al falso *Gogo*, pues el verdadero se había quedado en la nave *Aquarius* sin que el profesor Nicholson se percatara de ello.

El falso robot había sido construido por los senadores rawi en su propia nave, imitando al robot terrícola pero sin su contenido.

Kester dio unos golpecitos en el pecho del falso *Gogo* y aguardó, mas no obtuvo respuesta.

—Anxa —llamó, pegándose al tórax del falso robot.

Continuó sin respuesta.

Buscó el resorte oculto que se podía utilizar para abrir todo el tronco por su parte delantera y dentro sólo descubrió el hueco en que debía estar la bella Anxa.

Sunman puso gesto preocupado. La hermosa joven se había marchado, pero ¿por qué no había vuelto, le habían salido mal las cosas? Por el momento, Kester no tenía posibilidades de averiguar lo

ocurrido hasta que Anxa regresara.

El profesor Nicholson se acostó en la mullida cama que le destinaran.

En aquella residencia había un lujo al que el profesor no estaba acostumbrado. La decoración era diferente; predominaban las formas geométricas sobre las naturales o de imitación de la naturaleza viva.

Creía que no conciliaría el sueño con rapidez pensando en todo lo que había visto, pero debía de sentirse muy fatigado porque se durmió con facilidad y se dio cuenta de ello cuando su habitación se iluminó y una mano se posó sobre su hombro.

—Eh, ¿sucede algo?

—No, no sucede nada —sonrió el general Tramar que se había sentado al borde del lecho.

El profesor Nicholson miró en derredor, desconcertado; en la estancia no parecía haber nadie más y él sentía una extraña fatiga que casi le impedía moverse. Lo que ignoraba era que había estado inhalando un gas que brotó de la cabecera de la cama sin que él se diera cuenta.

—Profesor Nicholson, he estado hablando con el presidente Vandrow sobre usted, sobre su ciencia, sobre su interés por la mineralogía.

El profesor Nicholson se relajó; el tema era de su agrado y no le importó seguir tumbado mientras el general permanecía sentado al borde de la cama.

—Su centro de investigaciones me ha parecido muy interesante.

—¿No le agradaría que lo visitase también el profesor Wolfgang?

—Sí, pero yo he sido el primero en verlo, el primer terrícola, claro.

—Sí, usted es el primero. ¿Y no le gustaría quedarse un tiempo entre nosotros para que nuestros científicos le enseñen multitud de cosas?

—Eso no creo que sea posible, Sunman hace lo que le da la gana.

—Verá, podríamos hacer algo diferente.

—¿Cómo qué?

—Usted podría quedarse aquí y hacer un curso de ampliación de estudios e investigación. Cuando supiera lo suficiente, le regalaríamos una colección de muestras con las que sorprender al mundo científico terrícola. Pondríamos a su disposición una de nuestras naves de observación, más rápidas que las terrícolas, y le regresaríamos a su planeta. Casi casi llegaría al mismo tiempo que Sunman y los demás, pero usted habría aprovechado el tiempo que sus hermanos terrícolas perderían en el viaje dentro de una nave lenta.

—No son tan lentas.

—Comparadas con las nuestras, si lo son. Si emprendiéramos viaje al mismo tiempo una nave terrícola y una nave rawi hasta llegar a la Tierra, posiblemente le sacaríamos una ventaja de casi dos meses en medida de tiempo terrícola.

—¿De veras harían eso por mí?

—Sí, naturalmente que sí —le respondió el general Tramar tratando de ser muy amistoso y convincente—. Es nuestro deseo que ahora que los terrícolas han superado la barrera de su sistema estelar, despegando del primitivismo en que vivían, establecer colaboraciones científicas. El general secretario de cultura me ha hablado mucho de ello, está muy interesado en ayudar a los terrícolas en sus avances científicos. Darían un salto en el tiempo muy grande.

—Es cierto, muy grande, es un sueño.

—Que se puede convertir en realidad si a usted le interesa ampliar sus estudios en nuestro centro de investigaciones y también le proporcionaremos muestras mineralógicas que sus colegas en la Tierra jamás habrán visto. Puede ser usted el introductor de la nueva ciencia mineralógica en la Tierra y ya se dará cuenta de lo que eso puede significar para usted.

—Pues, acepto, acepto quedarme para que me lleven luego en una nave rápida a la Tierra.

—Magnífico, pero... —Hizo una pausa preocupante—. ¿Estarán de acuerdo sus muchos compañeros?

—No lo sé, pero yo soy libre de hacer lo que quiera ya que se me impidió investigar en el planetoide.

—¿Qué planetoide?

—Un planetoide errante. Es grande y de una mezcla de mineral de cobalto y ferroso.

—Y si estaban investigando en él, ¿por qué vinieron a Rawi?

—Fue por culpa de Sunman, hace lo que quiere. Se ha enamorado de la hija del presidente del senado.

—¿Del presidente del senado?

Nicholson que, drogado, había perdido sus inhibiciones, dejaba aflorar lo que deseaba y lo que le molestaba y explicó:

—El presidente del senado rawi, el de ustedes.

—¿Cómo es posible que conozcan al presidente del senado y a su hija?

—Ya todos los demás, y a sus familias.

—¿Quée?

—Sí, están en la nave, Sunman los ha traído hasta aquí.

El general Tramar, de ordinario muy frío, palideció intensamente.

—Los senadores de Rawi iban a estrellarse contra el planetoide, pero Sunman lo descubrió y lo evitó.

—¿Cómo?

—Puso nuestra nave terrícola sobre la nave rawi. Las ha soldado las dos y aunque la nuestra es más pequeña, ha tenido fuerza suficiente en sus motores para traer la nave rawi hasta aquí.

—¿Y están los senadores en órbita?

—Sí.

El general Tramar se puso tenso, tenía prisa por saber más y más de su interrogado.

—Y los terrícolas, ¿cuántos son?

—Cuatro.

—No es posible.

—Sí, cuatro y *Gogo*, el robot. Bueno, hay también un saco-robot.

—¿Sólo cuatro? —insistió Tramar.

—Sí, el profesor Wolfgang, Ticiano, Sunman y yo.

—¿Sin milicianos a bordo?

—No, no hay milicianos.

—¿Y armamento?

—Bueno, la *Aquarius-34* está armada.

—¿Con qué?

—No lo sé. Yo ignoraba que esa cosmonave estuviera armada, pero ese Sunman que es el propietario en sociedad con Ticiano, asegura que está bien armada.

—¿Seguro que no sabe qué clase de armas lleva?

—Creo que termonucleares para destruir meteoritos, no sé exactamente.

—¿Y qué piensa hacer Sunman con los senadores?

—Ayudarles. Ya le he dicho que está loco, que no debe de interferir en los asuntos políticos ajenos, pero Sunman es muy terco.

—¿Cómo va a trasladar a los senadores y a sus familias a Rawi?

—No lo sé, pero algo se propone. Los senadores confían en él, especialmente Haswar y su hija.

—Qué astutos. Usted no se preocupe, profesor Nicholson, todo irá muy bien. Nosotros queremos mucho a los senadores, estamos muy contentos de que hayan regresado y nos encargaremos de que puedan bajar al planeta.

—Pero ¿no les dieron ustedes la patada, lanzándolos al espacio?

—Fue un error de interpretación de un oficial miliciano. El presidente estará muy contento de volverlos a ver.

—Magnífico, así ese Sunman no se hará tanto el protector.

—Regrese a su plácido sueño, profesor Nicholson, todo le irá muy bien.

—Sí, sí, voy a dormir, estoy fatigado.

El general Tramar abandonó sigilosamente la estancia sin percatarse de que una cortina se movía levemente junto a la ventana.

CAPÍTULO XIII

El general Tramar, después de dar su explicación, aguardó a que el tirano Vandrow dijera algo.

El hombre que se había apoderado del gobierno de Rawi permanecía pensativo; al fin, tras una larga pausa, ordenó:

—Arresta a los terrícolas.

—¿A los dos?

—Sí, a los dos, no hay que fiarse de ese ambicioso profesor que es capaz de vender a los suyos.

—Esa orden será cumplida de inmediato, les vamos a pillar por sorpresa. Lo cierto es que todo estaba previsto, el gas les hará dormir.

—¿Qué posibilidades tenemos de destruir la nave terrícola y la otra que transporta a los senadores?

—Poseemos el suficiente armamento como para desintegrarla y dejarla convertida en polvo cósmico; sin embargo...

—¿Qué?

—Ignoramos la capacidad de respuesta que poseen.

—¿Crees que podrían enviarnos un bombardeo termonuclear?

—Sí, sí lo creo, pero por su parte sería una acción a la desesperada. No creo que tengan suficiente capacidad para arrasar un vasto territorio. No es una nave miliciana y tampoco creo que puedan destruir grandes congregaciones de gente porque los propios senadores se lo impedirían; no iban a dejar que cientos de miles de personas murieran incineradas. A lo sumo pueden aniquilar alguna factoría o hacer una demostración de poder en un lugar sin peligro de masacrar a la población civil.

—Lo que quiere decir que si hay una réplica por parte de los terrícolas, el lugar más seguro es precisamente la metrópoli.

—Así es. Si hubieran venido los terrícolas solos, quizá no lo fuera, porque con lo belicosos que han demostrado ser a lo largo de su historia, podían lanzar sobre la ciudad misiles termonucleares, pero estando Haswar y el resto de los senadores, no cometerán esa

barbaridad.

—Entonces, destruiremos la nave. Encárgate de que los ordenadores centren el objetivo y los cañones estén preparados.

—¿Y el disparo?

—Pásalo a mi línea privada, yo mismo pulsaré el botón. No quiero perderme el placer de hacer desaparecer de una vez por todas a los senadores que han conseguido regresar y a esos entrometidos terrícolas. Ah, y que se tome grabación de todo lo que suceda; no quiero olvidar del todo este asunto, de cuando en cuando lo recordaré viendo la grabación en mi pantalla. Quizá algún día, a esos que piden explicaciones desde la clandestinidad, les deje ver la grabación de videotape. Alegaremos, claro está, que los senadores se aliaron con los terrícolas que pretendían invadirnos. No estaría de más que ese profesor Nicholson hiciera una confesión filmada para poderla pasar por los medios de información.

—¿Una confesión?

—Sí, conforme han venido a espiarnos para preparar la invasión de Rawi por los terrícolas.

—Ese profesor no confesará tal cosa.

—¿Ah, no? Creí que eras más inteligente, Tramar.

—Como ordene, presidente Vandrow. Haremos que confiese o, mejor dicho, que explique lo que nosotros queremos que diga.

—Sí y además que sea muy convincente. Creo que no resultará muy difícil que ese profesor Nicholson diga a todo el pueblo de Rawi lo que nosotros deseamos.

—Sí, Tramar, debes conseguirlo. Sería magnífico que todos escucharan a un terrícola diciendo que los senadores huidos habían aceptado la ayuda de los terrícolas, invasión incluida... Vamos, hay que empezar a actuar con rapidez.

* * *

—Hay que moverse —apremió Anxa a Kester Sunman que todavía se mostraba incrédulo ante lo que la joven acababa de explicarle.

—No creí al profesor Nicholson capaz de algo tan indigno.

—No le culpes del todo, le habrán preparado con algún

estupefaciente para anular su voluntad.

—Está bien, vamos.

Se acercaron al falso *Gogo*. Sunman se lo cargó y lo llevó a la terraza. Una vez allí, manipuló en uno de los botones que tenía en su cabeza y aguardó unos instantes. Después, llamó:

—Soy Kester, soy Kester. Ticiano, ¿me oyes?

Se mantuvieron a la espera durante unos segundos que se les antojaron eternos.

—Kester, te oigo; Kester, te oigo, soy Ticiano.

—¡Hay que poner en práctica el plan «Mercurio» y el plan «Vulcano»!

—¿Estás decidido?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Tal como lo habíamos programado, el plan «Mercurio» puede comenzar ya.

—De acuerdo, tú sabrás lo que haces.

—El plan hay que llevarlo a cabo en seguida, estamos en peligro.

—Correcto —asintió la voz de Ticiano—. Suerte a los dos.

Kester introdujo su mano en el interior del falso robot y extrajo dos pequeños subfusiles con mira de infrarrojos. Volvió a cerrar el caparazón de Gogo, entregándole a Anxa una de las armas.

—Ya sabes cómo funciona.

—Sí, pero...

—Es una situación desesperada, no hay «peros». O nos aniquilan ellos o los aniquilamos nosotros.

Se descolgaron por el balcón. Anxa conocía el camino ya empleado por ella para escapar de la residencia. No salieron en ningún vehículo, pero sí a pie. Corrieron por el túnel y se vieron en uno de los amplios viales del subsuelo. Apenas había circulación.

Desde un amplificador, una voz comenzó a decir cosas.

—¿Qué es? —preguntó Kester, deteniéndose.

—Son de la policía Uve, nos han visto y ordenan que nos detengamos.

—Si lo hacemos, estamos perdidos.

—Ahí vienen.

Kester Sunman los vio. Se movió rápido y pulsó el botón de su arma provista de rayos invisibles supraultrasónicos.

Cuatro agentes de la policía represiva Uve se quedaron un instante quietos y luego semejaron partirse en trozos antes de caer al suelo.

—¡Corre, Anxa, corre! —le pidió Kester.

No tardó en ulular una sirena.

Jadeantes, perseguidos por un vehículo, mientras les disparaban rayos incinerantes, Anxa y Kester lograron alcanzar la boca de salida.

Saltaron sobre las escaleras automáticas y aún funcionando éstas, subieron por encima de los peldaños para llegar antes a su objetivo que era el aire libre bajo un manto de estrellas.

Uno de los minúsculos puntitos que se veían brillar en el firmamento era la *Aquarius-34* que se hallaba sujeta a la nave rawi.

—¡Hay que correr, Anxa, hay que correr!

Kester se volvió hacia la boca de salida y disparó una ráfaga de rayos supraultrasónicos.

Dos agentes de la policía Uve volvieron a desaparecer por el túnel al caer de espaldas, alcanzados de lleno en mitad de sus cuerpos.

Tras rodear unos edificios, descansaron jadeantes pegándose a la entrada de uno de ellos.

—¿Estás bien, Anxa?

—Sí.

—¿Crees que los fieles al senado saldrán cuando sea preciso?

—Sí, ellos sí, de lo que no estoy segura es del resto de la población, tienen miedo.

—Esperemos que el plan «Mercurio» surja efecto.

De súbito, el firmamento se llenó de puntitos luminosos, como si fuera el inicio de una demostración pirotécnica.

—¡Mira, Kester!

—Ticiano ya ha puesto en marcha el plan «Mercurio» —dijo, satisfecho.

Las lucecitas se apagaron y luego, ya no se vio nada. Pocos minutos después comenzó a oírse clara y rotunda la voz del senador Haswar, expandiéndose por encima del área metropolitana.

—¡Pueblo de Rawi, pueblo de Rawi! ¡Despierta, despierta, os habla Haswar, el presidente del senado! ¡Ha llegado la hora de librarnos de la tiranía de Vandrow, el tirano caerá entre vuestras manos! Pueblo de Rawi, despierta, os habla Haswar, el presidente del senado elegido por vosotros. He regresado pese a la ejecución de la pena de muerte a todos los senadores y a sus familias, porque fue una ejecución. Los milicianos de Vandrow nos encerraron en una cosmonave y nos lanzaron al espacio sideral sin motores, sin medios de telecomunicación para pedir ayuda. Estuvimos a punto de desaparecer desintegrados, pero una nave terrícola nos ayudó. Los terrícolas son nuestros amigos, gracias a ellos vuestro senado no ha muerto. Pueblo de Rawi, despierta, levántate, sal a la calle y avanza hacia el palacio del tirano. Pueblo de Rawi, rompe tus cadenas, levanta la bota que te aplasta, quema el látigo que te flagela. Pueblo de Rawi, Haswar os habla, no es un sueño, estáis despiertos. Me hallo en órbita, el día de la liberación ha llegado. Levántate, sal de tu casa y haz frente al tirano, todos unidos…

Ante las vehementes palabras del senador Haswar, las luces se encendieron en la mayoría de los hogares de la metrópoli.

Se abrieron las ventanas y asomaron rostros ansiosos para escuchar el mensaje que se oía con gran claridad en el silencio nocturno.

—¿Crees que reaccionarán? —preguntó Anxa mientras la voz de su padre hablaba incansable, arengando al pueblo para que se rebelase contra el tirano.

Cientos de pequeños receptores amplificadores iban descendiendo lentamente sobre la ciudad, colgados de mini-paracaídas que se habían abierto tras entrar en la atmósfera del planeta mientras a través de ellos se oía la voz de Haswar.

Los pequeños receptores amplificadores iban cayendo sobre la gran metrópoli como una lluvia de esperanza depositándose sobre los jardines, en las calles, en las azoteas.

—Tus amigos ya tienen la señal, ahora han de reaccionar.

Como fondo a la voz del senador Haswar que seguía arengando para que el pueblo oprimido se decidiera a rebelarse contra el tirano que les había arrebatado todos sus derechos, se oyó el ulular de los vehículos policiales.

—¡Vamos! —pidió Kester, y ambos echaron a caminar en dirección a la colina.

Por una avenida amplísima vieron como un nutrido grupo de personas avanzaba clamando y enarbolando banderas en dirección al palacio.

—Son los defensores de las libertades.

Allí convergieron varios vehículos policiales y los agentes saltaron de ellos comenzando a disparar contra los que pretendían la caída de Vandrow.

—Hemos de actuar —gruñó Kester, corriendo hacia los vehículos policiales.

Cambió el poder de su arma y la convirtió en rayos incinerantes.

Disparó contra los vehículos policiales que estallaron convertidos en blanquísimas bolas de fuego, lo que desconcertó a los agentes Uve que se sintieron desbordados.

Aquella ayuda hizo que los que se habían levantado para avanzar sobre el palacio, tomaran más coraje y arremetieran contra los policías. Cayeron de un lado y de otro.

Anxa disparó también su arma en auxilio de sus compañeros hasta que los agentes Uve sucumbieron en aquel primer encuentro, lo que hizo que la columna de marcha se viera engrosada por gentes que abandonaban sus hogares en ropa de dormir, lanzándose a la noche para unirse a los que clamaban por la libertad mientras la voz del senador Haswar seguía y seguía, incansable.

—¡¡Pueblo de Rawi, levántate y camina hacia tu libertad!!

En varios puntos más de la ciudad se enfrentaron a nuevas columnas que se formaban en torno a la colina.

La policía se veía desbordada por la muchedumbre que aparecía por todas partes y pretendía converger en la colina mientras en el palacio Vandrow era arrancado de su sueño por el general de la policía.

—¿Qué sucede?

—¡Presidente Vandrow, hay una revolución!

—¿Una qué?

—Una revolución, los terrícolas son los culpables. Han conseguido colocar altavoces por toda la ciudad y por ellos se transmite la voz del senador Haswar que pide al pueblo que se levante contra usted.

—¿Y le hacen caso?

—Parece que se han formado varias columnas de manifestantes y avanzan hacia el palacio presidencial.

—¿Y la policía Uve?

—Trata de contenerlos, han tenido ya varios encuentros muy duros. Ha caído un buen número de agentes y varios vehículos han sido quemados. Los terrícolas les están ayudando y los manifestantes se están apoderando de las armas que dejan los agentes caídos.

—Qué estupidez, esto es como un suicidio para ellos. Jamás conseguirán rebasar el muro del palacio. Los controles de milicianos, mejor armados que la policía Uve, los detendrán.

—Es lo que esperamos —respondió el jefe de seguridad.

—De todas maneras, quiero estar al corriente —dijo mientras se vestía y abandonaba su cámara.

En un corredor se encontró con el general Tramar que corría hacia él, ceñudo.

—Los terrícolas se han adelantado a nuestros planes.

—Eso es, nos hemos retrasado, pero todavía hay tiempo. Debemos destruir la nave terrícola y la otra nave donde se guarecen los senadores.

—¿Doy la orden?

—Sí, sí, hay que destruirlos y que se dé cuenta el pueblo de Rawi

de quién tiene el poder y la fuerza.

Mas, en aquellos instantes, cuatro proyectiles ígneos penetraban en la atmósfera de Rawi y casi en perpendicular, a gran velocidad, buscaban su objetivo que era la colina donde se ubicaba el palacio presidencial.

Mientras avanzaban hacia el despacho personal de Vandrow, todo el edificio tembló y por las ventanas entró una luz cegadora.

Quedaron aturdidos. Tuvieron que taparse los ojos y cuando la luz pasó, tambaleándose. Vandrow preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

El general Tramar respondió:

—Parecen bombas termonucleares de potencia controlada.

—¡Malditos terrícolas con sus bombas! —rugió Vandrow mientras corría hacia una de las ventanas. Al intentar abrirla, se quemó las manos.

Afuera, el muro que él creía infranqueable había quedado pulverizado en cuatro puntos distintos. Su palacio no había sido tocado, pero las fuerzas milicianas de seguridad habían desaparecido mientras la muchedumbre, tras la primera conmoción causada por las explosiones, seguía adelante, arengada por los cabecillas que estaban al corriente de la operación «Vulcano» que habría de demoler el muro tras el que se parapetaba el presidente.

Anxa y Kester Sunman fueron de los primeros en entrar en el recinto palaciego.

Los milicianos no ofrecían más que alguna que otra resistencia esporádica, se habían visto desbordados por el ataque sorpresa.

La puerta principal del palacio se hallaba cerrada. Kester disparó su arma contra ella y la abatió en medio de un gran ruido. La muchedumbre que cubría la colina, como si fuera el nidal de un hormiguero, rugió a una sola voz.

—¡¡Entremos!! —exclamó Anxa.

Kester la apartó.

—No, no, será mejor que no entres. A la muchedumbre ya no se la puede detener.

Mientras, la voz del senador Haswar seguía pidiendo:

—¡Pueblo de Rawi, levántate, rompe tus cadenas, a partir de ahora, serás libre…!

Comenzó a escucharse el himno de Rawi e incluso podía distinguirse la emocionada voz del propio Haswar cantándolo.

EPÍLOGO

Kester Sunman en persona pilotaba la *Aquarius-34* a la que había regresado en la nave «Icaro».

Hizo descender las naves en vertical, con mucho cuidado, hasta que la gigantesca nave rawi se posó frente al edificio del senado.

En silencio, aguardando, millones de ciudadanos rawi llenaban los alrededores de la gran plaza, se hallaban sobre los edificios, cubrían los huecos de las ventanas con sus cuerpos o permanecían ansiosos ante las pantallas de información que retransmitían el suceso en directo.

Se abrió la puerta de la nave rawi y apareció el senador Haswar levantando sus manos en señal de amistad y triunfo. Todo el pueblo rugió al unísono y tras el senador Haswar, fueron saliendo los demás.

Cuando se dirigieron al edificio del senado, abriendo aquellas puertas que Vandrow cerrara, Anxa tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Es el momento más emocionante de mi vida —confesó entrecortadamente.

—Cuando despegue las patas de la nave rawi, regresaré al espacio sideral y me gustaría que vinieras conmigo.

—¿Quieres que sea tu pareja?

—Sí, pero ya sabes que no deseo frialdad en mi compañera, me gusta el juego del amor.

Anxa se colgó del cuello de Kester y con el rostro mojado en lágrimas, besó al terrícola mientras los profesores Nicholson y Wolfgang discutían sobre la conveniencia de quedarse un tiempo en Rawi y Ticiano sonreía a las dos chicas rawi que tenía junto a sí, pensando que no había ninguna prisa por regresar al planeta Tierra; se suponía que estaban trabajando en un planetoide errante.

F I N

[1] AGEOIZAR, acción de aterrizar en cualquier parte del Universo. (N. del A.)